

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



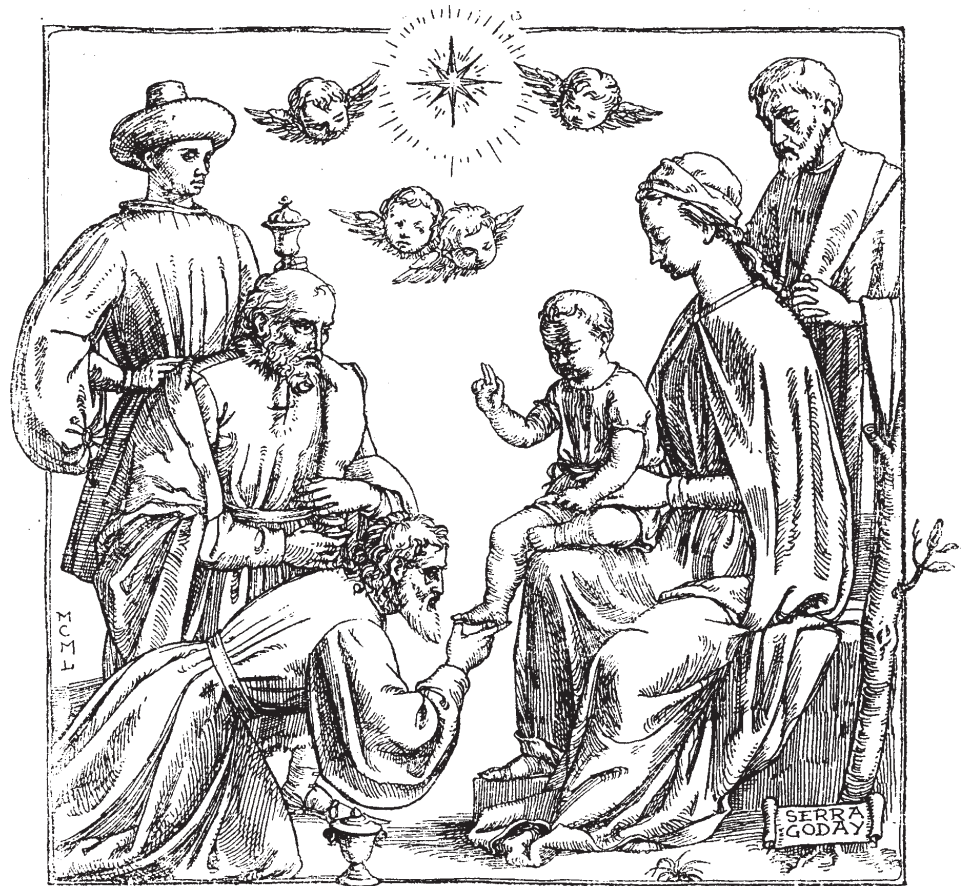
LA EPIFANÍA DEL SEÑOR, MANIFESTACIÓN A TODOS LOS PUEBLOS

Los Reyes
Magos y la
historia de sus
reliquias

Jesús es
Dios, Hombre
y Rey

«El tratado de la
confianza en la
misericordia de
Dios», de Mons.
Languet

¿Existe el Estado
laico no laicista?



«Tres magos, llamados de su lejano país,
fueron conducidos por una estrella para
conocer y adorar al Rey del cielo
y de la tierra.175

Sumario

«El laicismo lleva a la restricción de la libertad religiosa». Discurso del papa Juan Pablo II a un grupo de obispos españoles con ocasión de su visita «ad limina»	3
La futura gloria de Sión (Isaías, 60,1-22)	6
Dios ha manifestado su salvación en todo el mundo. Sermón de san León Magno	8
La Palabra tomó de María nuestra condición. Carta de san Atanasio a Epicteto	9
Los Reyes Magos y la historia de sus reliquias. <i>Gerardo Manresa Presas</i>	10
La Epifanía en santo Tomás de Aquino <i>José M^a Romero Baró</i>	14
Oro, incienso y mirra <i>Luis Petit Gralla</i>	18
Texto latino y versiones castellana y catalana del Himno XII del «Cathemerinon» de Prudencio	21
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XVIII). «El tratado de la confianza en la misericordia de Dios», de Mons. Languet <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	26
Felicitación de don Rafael Palmero, obispo de Palencia, a «Cristiandad»	31
¿Existe un Estado laico no laicista? <i>José M^a Petit Sullá</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i> <i>y Santiago Alsina Casanova</i>	39
Orientaciones bibliográficas <i>Evan Mclan</i>	41
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	42
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	44

RAZÓN DEL NÚMERO

La liturgia de la Epifanía del Señor reitera, de un modo altamente significativo, el anuncio de la gran esperanza que ha sido insistentemente proclamada durante las semanas anteriores. Como afirma san Cirilo en la lectura del primer domingo de Adviento: «No pensamos tan sólo en la venida pasada, esperamos también la futura» y refiriéndose a la segunda venida en gloria y majestad afirma: «Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado». De acuerdo con esta esperanza, la Iglesia nos invita a la plegaria confiada pidiendo a Dios que llegue ya el tiempo en que el triunfo de Cristo se manifieste plenamente entre los hombres, que derrotado el Maligno, los hombres, con una sola voz, puedan proclamar las palabras del salmo: «Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre».

Los Magos tienen noticia del nacimiento del rey de los judíos, y siguiendo la estrella llegan a Belén, viendo al Niño le adoraron reconociéndolo como el rey del universo. Son las primicias que anticipan la incorporación, por la fe en Cristo, de tantas naciones paganas a la descendencia de Abraham. Hoy reconocemos a los Magos como los que precedieron a innumerables pueblos que guiados por la luz de la Iglesia católica también se han acercado a Belén para adorar al Niño, pero desgraciadamente en nuestros días constatamos como muchas de aquellas naciones cristianas han renegado de su historia y procuran que en su vida pública y privada no quede memoria de este reconocimiento salvífico. Al mismo tiempo, vemos como a otros muchos pueblos sólo les ha llegado una luz débil del anuncio evangélico. Por todo ello cobran especial actualidad las palabras esperanzadoras de Isaías que la Iglesia recuerda en esta fiesta: «Y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios» y con esta confianza repetimos la oración: «Venid naciones, adorad al Señor».

Las palabras de la narración evangélica subrayan la cercanía de la Virgen María: «Entraron en la casa, vieron al niño con María su madre y cayendo de rodillas lo adoraron». San Luis María Grignon de Montfort insistía en sus escritos como el triunfo del reino de Cristo ha de venir al mundo por la devoción a María. Tiene, por tanto, que ser motivo de confianza, en las actuales circunstancias en que España se ve sometida a una insidiosa campaña de descristianización, el anuncio de los obispos españoles de renovar la consagración de España al Corazón Inmaculado de María el próximo 22 de mayo en Zaragoza. De este modo nos uniremos a la esperanza expresada por Pío XII cuando consagró el mundo al Corazón Inmaculado de María: «Oh, Madre nuestra y Reina del mundo, también nos consagramos para siempre a Vos, a vuestro Inmaculado Corazón, para que vuestro amor y patrocinio aceleren el triunfo del Reino de Dios, y todas las gentes, pacificadas entre sí y con Dios, os proclamen bienaventurada y entonen con Vos, de un extremo a otro de la tierra, el eterno Magnificat de gloria, de amor, de reconocimiento al Corazón de Jesús, en sólo el cual pueden hallar la Verdad, la Vida y la Paz».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Augusta Gràfics, S.L. - D.L.: B-15860-58

«El laicismo lleva a la restricción de la libertad religiosa»

Discurso del papa Juan Pablo II a un grupo de obispos españoles con ocasión de su visita «ad limina» (24 de enero de 2005)

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. Con gusto os recibo, Pastores de la Iglesia de Dios que peregrina en España, integrantes del primer grupo que viene a Roma para realizar la visita *ad limina* y fortalecer los vínculos estrechísimos que os unen con esta Sede Apostólica.

Saludo con afecto al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, con sus tres obispos auxiliares; al Arzobispo de Toledo y Primado de España, con sus dos Obispos auxiliares; al Arzobispo Castrense y a los Arzobispos de Burgos, Oviedo, Valladolid, Zaragoza, Mérida-Badajoz y a los obispos sufragáneos de estas sedes metropolitanas y de la de Pamplona, a cuyo Arzobispo deseo una pronta recuperación. A través vuestro mi saludo quiere llegar con afecto y estima a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de vuestras Iglesias particulares.

Agradezco cordialmente las amables palabras que me ha dirigido, en nombre de todos, el Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, presentándome las inquietudes y esperanzas de vuestra acción pastoral, en la que con fortaleza ejercéis el ministerio guiando al Pueblo de Dios por el camino de la salvación y proclamando con vigor los principios de la fe católica para una mayor formación de los fieles.

2. España es un país de profunda raigambre cristiana. La fe en Cristo y la pertenencia a la Iglesia han acompañado la vida de los españoles en su historia y han inspirado sus actuaciones a lo largo de los siglos. La Iglesia en vuestra nación tiene una gloriosa trayectoria de generosidad y sacrificio, de fuerte espiritualidad y altruismo y ha ofrecido a la Iglesia universal numerosos hijos e hijas que han sobresalido a menudo por la práctica de las virtudes en grado heroico o por su testimonio martirial. Yo mismo he tenido el gozo de canonizar o beatificar a numerosos hijos e hijas de España.

En mi carta apostólica *Tertio millennio adveniente* propuse el estudio, actualización y presentación a los fieles del «patrimonio de santidad» (n. 37), seguro de que en esta hora histórica será una preciosa

y valiosa ayuda para los pastores y fieles como punto de referencia en su vida cristiana, tanto más cuanto que muchos de los retos y problemas aún presentes en vuestra nación ya existieron en otros momentos, siendo los santos quienes dieron brillante respuesta con su amor a Dios y al prójimo. Las vivas raíces cristianas de España, como puse de relieve en mi última Visita pastoral en mayo de 2003, no pueden arrancarse, sino que han de seguir nutriendo el crecimiento armónico de la sociedad.

3. Vuestras relaciones quinquenales evidencian la preocupación por la vitalidad de la Iglesia y los retos y dificultades a afrontar. En los últimos años, en Aragón, Asturias, Castilla-La Mancha, Castilla-León, Madrid, Navarra y el País Vasco, regiones donde ejercéis la caridad pastoral guiando al Pueblo de Dios, han cambiado muchas cosas en el ámbito social, económico y también religioso, dando paso a veces a la indiferencia religiosa y a un cierto relativismo moral, que influyen en la práctica cristiana y que afecta consiguientemente a las estructuras sociales mismas.

Algunas zonas viven en la abundancia mientras otras tienen graves carencias. En ocasiones, lo que fueron fuentes de riqueza en tiempos anteriores – por ejemplo, la producción minera y siderúrgica, la construcción naval, diversas empresas– sufren un cierto declive ante el cual hace falta mantener la esperanza. En algunas partes se vive la confrontación social por un recurso natural: el agua; siendo ésta un bien común no se puede despilfarrar ni olvidar el deber solidario de compartir su uso. Las riquezas no pueden ser monopolio de quienes disponen de ellas, ni la desesperación o la aversión pueden justificar ciertas acciones incontroladas de quienes carecen de las mismas.

4. En el ámbito social se va difundiendo también una mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública. Esto no forma parte de

la tradición española más noble, pues la impronta que la fe católica ha dejado en la vida y la cultura de los españoles es muy profunda para que se ceda a la tentación de silenciarla. Un recto concepto de libertad religiosa no es compatible con esa ideología, que a veces se presenta como la única voz de la racionalidad. No se puede cercenar la libertad religiosa sin privar al hombre de algo fundamental.

En el contexto social actual están creciendo las nuevas generaciones de españoles, influenciadas por el indiferentismo religioso, la ignorancia de la tradición cristiana con su rico patrimonio espiritual, y expuestas a la tentación de un permisivismo moral. La juventud tiene derecho, desde el inicio de su proceso formativo, a ser educada en la fe. La educación integral de los más jóvenes no puede prescindir de la enseñanza religiosa también en la escuela, cuando lo pidan los padres, con una valoración académica acorde con su importancia. Los poderes públicos, por su parte, tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y asegurar las condiciones reales de su efectivo ejercicio, como está recogido en los Acuerdos Parciales entre España y la Santa Sede de 1979, actualmente en vigor.

5. Por lo que se refiere a la situación religiosa, en vuestros informes se refleja una seria preocupación por la vitalidad de la Iglesia en España, a la vez que se ponen de relieve varios retos y dificultades. Atentos a los problemas y expectativas de los fieles ante esta nueva situación, vosotros, como Pastores, os sentís interpelados a permanecer unidos para hacer más palpable la presencia del Señor entre los hombres a través de iniciativas pastorales más apropiadas a las nuevas realidades.

Para ello es primordial conservar y acrecentar el don de la unidad que Jesús pidió para sus discípulos al Padre (cf. Jn 17,11). En vuestra propia diócesis, estáis llamados a vivir y dar testimonio de la unidad querida por Cristo para su Iglesia. Por otra parte, la diversidad de pueblos, con sus culturas y tradiciones, lejos de amenazar esta unidad, ha de enriquecerla desde su fe común. Y vosotros, en cuanto sucesores de los Apóstoles, tenéis que esforzaros en «conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,3). Por eso os quiero recordar que «en la transición histórica que estamos viviendo debemos cumplir una misión comprometida: hacer de la Iglesia el lugar donde se viva y la escuela donde se enseñe el misterio del amor divino. ¿Cómo será posible esto sin redescubrir una auténtica espiritualidad de comunión?» (*Mensaje a un grupo de*

obispos, 14.II.2001, n.3), válida para todas las personas y en todos los momentos.

6. Los sacramentos son necesarios para el crecimiento de la vida cristiana. Por eso los pastores han de celebrarlos con dignidad y decoro. Especial importancia se ha de dar a la Eucaristía, «Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad» (san Agustín, *In Johannis Evangelium*, 26,13). Su participación, como recuerdan los Santos Padres, nos hace «concorpóreos y consanguíneos con Cristo» (san Cirilo de Alejandría, *Catequesis mistagógicas*, IV,3), e impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad.

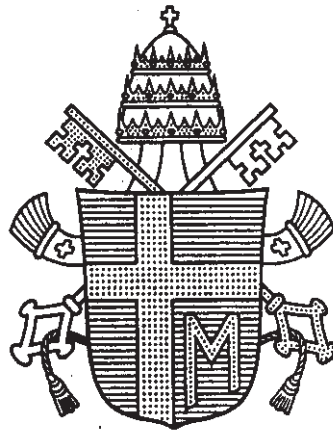
A este respecto, con ocasión de la clausura del Año Jacobeo, he invitado a los fieles españoles a buscar en el Santísimo Sacramento la fuerza para vencer los obstáculos y afrontar las dificultades del momento presente. Al mismo tiempo, apo-

yados por sus obispos, se sentirán vigorizados en la propia fe para dar un testimonio público y creíble al defender «el respeto efectivo a la vida, en todas sus etapas, la educación religiosa de los hijos, la protección del matrimonio y de la familia, la defensa del nombre de Dios y del valor humano y social de la religión cristiana» (*Carta al arzobispo de Santiago de Compostela*, 8.XII.2004). Se debe incrementar, pues, una acción pastoral que promueva una participación más asidua de los fieles en la Eucaristía dominical, la cual ha de ser vivida no sólo como un precepto sino más bien como una exigencia inscrita profundamente en la vida de cada cristiano.

7. En las relaciones quinquenales habéis puesto de manifiesto vuestra solicitud por los sacerdotes y seminaristas. Los sacerdotes están en la primera línea de la evangelización y soportan «el peso del día y el calor» (Mt 20,12). Ellos necesitan de manera especial vuestro cuidado y cercanía pastoral, pues son vuestros «hijos» (LG 28), «amigos» (ChD 16) y «hermanos» (PO 7).

La relación con los sacerdotes no ha de ser solamente de tipo institucional y administrativo, sino que, animada ante todo por la caridad (cf. 1Pe 4,8), ha de revelar la paternidad episcopal que será modelo de aquella que después los presbíteros han de tener con los fieles que tienen confiados. De un modo especial, esa paternidad se debe manifestar en la situación actual con los sacerdotes enfermos, con los de edad avanzada, y también con los que están al frente de mayores responsabilidades pastorales.

Los sacerdotes, por su parte, deben recordar que, antes de nada, son hombres de Dios y, por eso, no



pueden descuidar su vida espiritual y su formación permanente. Toda su labor ministerial «*debe comenzar efectivamente con la oración*» (san Alberto Magno, *Comentario de la teología mística*, 15). Entre las múltiples actividades que llenan la jornada de cada sacerdote, la primacía corresponde a la celebración de la Eucaristía, que lo conforma al Sumo y Eterno Sacerdote. En la presencia de Dios encuentra la fuerza para vivir las exigencias del ministerio y la docilidad para cumplir la voluntad de quien lo llamó y consagró, enviándolo para encomendarle una misión particular y necesaria. También la celebración devota de la Liturgia de las Horas, la oración personal, la meditación asidua de la Palabra de Dios, la devoción a la Madre del Señor y de la Iglesia y la veneración de los santos, son instrumentos preciosos de los que no se puede prescindir para afirmar el esplendor de la propia identidad y asegurar el fructuoso ejercicio del ministerio sacerdotal.

8. Una esperanza viva es el incremento de las vocaciones sacerdotales que se da en algunas partes. Es verdad que la situación social y religiosa no favorece la escucha de la llamada del Señor a seguirle en la vida sacerdotal o consagrada. Por eso es importante orar sin cesar al Dueño de la mies (cf. *Mt* 9,38) para que siga bendiciendo a España con numerosas y santas vocaciones. Para ello se debe fomentar una pastoral específica vocacional, amplia y capilar, que mueva a los responsables de la juventud a ser mediadores audaces de la llamada del Señor. No hay que tener miedo a proponerla a los jóvenes y después acompañarlos asiduamente, a nivel humano y espiritual, para que vayan discerniendo su opción vocacional.

9. Los fieles católicos, a los cuales les incumbe buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según la voluntad divina, están llamados a ser testigos valientes de su fe en los diferentes ámbitos de la vida pública. Su participación en la vida eclesial es fundamental y, en ocasiones, sin su colaboración vuestro apostolado de Pastores no llegaría a «*todos los hombres de todos los tiempos y lugares*» (LG, 33).

Los jóvenes, futuro de la Iglesia y de la sociedad, han de ser objeto especial de vuestros desvelos pastorales. En este sentido, no deben escatimarse los esfuerzos necesarios, aunque a veces no den fruto inmediato. A este respecto, ¿cómo no recordar la impresionante y conmovedora vigilia que presidí con cientos de miles de jóvenes en Cuatro Vientos, recordándoles que se puede ser moderno y cristiano? Ahora muchos se preparan para ir a Colonia y participar en la Jornada Mundial de la Juventud. Decidles que el Papa les espera allí, bajo el lema «*Hemos venido a adorarle*» (*Mt* 2,2) para, junto con coetáneos de otros países, descubrir en Cristo el rostro de Dios y de la Iglesia como «*la casa y la escuela de la comunión y amor*» (*Novo millenio ineunte*, 43).

10. Queridos Hermanos: habéis tomado la iniciativa de dedicar un año especial a la Inmaculada, Patrona de España, en conmemoración del 150º aniversario de la proclamación de este dogma mariano. Se trata de una invitación al pueblo fiel a renovar su consagración personal y comunitaria a nuestra Madre y a secundar mi invitación a toda la Iglesia a ponerse «*sobre todo a la escucha de María Santísima, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como misterio de luz*» (*Ecclesia de Eucharistia*, 62).

La evangelización y la práctica de la fe en tierras españolas han ido siempre unidas a un particular amor a la Virgen María. Así lo ponen de manifiesto los numerosos templos, santuarios y monumentos que se elevan por doquier en vuestra tierra; las cofradías, hermandades, gremios y claustros universitarios, que porfiaban en la defensa de sus privilegios, así como las prácticas de piedad y fiestas populares en honor de la Madre de Dios, que han sido también fuente de inspiración de tantos artistas, célebres pintores y renombrados escultores.

España es tierra de María. A ella encomiendo vuestras intenciones pastorales. Bajo su maternal protección pongo a todos los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los seminaristas, los niños, jóvenes y ancianos, las familias, los enfermos y necesitados. Llevadles a todos el saludo y el cariño del Papa, acompañado de la Bendición Apostólica.

«En el ámbito social se va difundiendo también una mentalidad inspirada en el laicismo, ideología que lleva gradualmente, de forma más o menos consciente, a la restricción de la libertad religiosa hasta promover un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública.»

La futura gloria de Sión

La liturgia de la misa de la solemnidad de la Epifanía se inicia con una lectura del libro de Isaías, concretamente de los versículos 1-6 del capítulo 60, que narran la gloria de Jerusalén, convertida en faro de luz para el mundo gentil. En el Oficio divino de este día, la lectura se alarga hasta el versículo 22 para narrar las maravillas que para Sión y para el mundo supondrá la conversión de Jerusalén. El padre Orlandis vio en la tercera parte del libro de Isaías, del capítulo 40 al 66, un poema, y con esta premisa emprendió su traducción, directamente del hebreo. Así, la grandeza lírica y épica de Isaías conserva todo su esplendor y la forma poemática resalta su carácter profético. Por esto el padre Orlandis dividió el texto en escenas y en estrofas (cifras centradas), que no siempre coinciden con los versículos (cifras entre paréntesis). La traducción del padre Orlandis puede leerse, completa, en el número 408 de CRISTIANDAD (febrero de 1965).

ESCENA CUARTA Cap. 60

Gloria, felicidad y santidad de Jerusalén convertida. De su luz y sus bienes participan los pueblos que humildemente se acogen a Sión.



1

(1) Álzate y brilla que llega tu luz,
y la gloria de Jahwé ya clarea sobre ti;
(2) mira qué obscuridad cubre la tierra,
y qué negros nublados las naciones.

2

Mas sobre ti ya alborea Jahwé
y su gloria se divisa sobre ti:
(3) ya los pueblos a tu luz caminarán,
y los reyes al fulgor de tu mañana.

3

(4) Alza en torno tus ojos y mira:
todos esos en bandadas a ti vienen,
son tus hijos que de lejos van llegando
son tus hijas las que a cuestras son traídas.

4

(5) Y al mirar en aquel día fulgirás,
latirá y se ensanchará tu corazón,
cuando hacia ti se enderece el tráfico de la mar
y a ti arribe la riqueza de los pueblos.

5

(6) Cubriráte una avenida de camellos,
dromedarios de Madian y de Hefá;
esos otros de Sabá te van llegando,
aportando su oro y su incienso,
y pregonando las glorias de Jahwé.

6

(7) De Cedar las greyes todas se congregan para ti,
de Nabayot los carneros estarán a tu servicio,
y ascenderán aceptables a mi altar,
y exaltaré la casa de mi gloria.

7

(8) ¿Quiénes son estas que vuelan cual nubes,
como palomas al palomar?

(9) Son las islas que a Mí me esperaban,
van a su frente las naos de Tarsis.

8

Van trayendo a tus hijos de lejos,
y su oro y su plata con ellos,
para el nombre de Jahwé que es tu Dios,
para el Santo de Israel que te honra.

9

(10) Los hijos del extranjero levantarán tus murallas,
y los reyes serán tus servidores;
que en mi ira te azoté,
y en mi gracia te consuelo.

10

(11) Y tus puertas estarán siempre patentes,
ni de día ni de noche se cerrarán,
y te entrarán su riqueza los pueblos,
y en cortejo triunfal sus soberanos.

11

(12) Pueblo y reino que no te acate perecerá,
tales naciones serán a fondo destruidas.

12

(13) A ti vendrá la majestad del Líbano,
cipreses, olmos y alerces juntamente,
para ornar el lugar de mi santuario.
El lugar que yo huello haré glorioso.

13

(14) Te llegarán humillados
hijos de quien te humilló,
y a las plantas de tus pies se postrarán
quienes de ti se mofaron.

14

Y la ciudad de Jahwé te llamarán,
Sión del Santo de Israel,

(15) la que antes eras abandonada,
la detestada, la sin romeros,

el orgullo de los siglos Yo te haré,
la alegría de tiempos y tiempos.

15

(16) Tú mamarás la leche de los pueblos,
y al pecho de los reyes mamarás,
y sabrás que Yo soy Jahwé,
tu salvador, tu redentor, el Fuerte de Jacob.

16

(17) En vez de bronce te haré entrar oro,
en vez de hierro te haré entrar plata,
bronce en vez de madera,
y en vez de piedras, hierro.

17

Para gobierno te daré la paz,
y para fiscalía la justicia,
(18) en tu tierra jamás se oirá violencia,
ni saqueo ni destrozo en tus fronteras;
a tus murallas llamarás salud,
alabanza a tus puertas.

18

(19) Ya el sol no te será la luz del día
ni de la luna el claror te alumbrará,
mas Jahwé te será la luz eterna;
tu Dios el resplandor.

19

(20) Tu sol no tendrá ocaso,
ni menguante tu luna;
Pues Jahwé te será luz eterna;
Se te acaban los días de luto.

20

(21) Todos los de tu pueblo serán justos,
y para siempre heredarán la tierra,
retoños son de mi plantío,
obras son de mi mano en que gloriarme.

21

(22) El más pequeño será millar,
y el más exiguo será pueblo potente.
Yo, Jahwé lo aceleraré a su tiempo.



Dios ha manifestado su salvación en todo el mundo

Lectura del Oficio del día 6 de enero, solemnidad de la Epifanía
(tercer sermón de la Epifanía del Señor, de san León Magno)

La misericordiosa providencia de Dios, que ya había decidido venir en los últimos tiempos en ayuda del mundo que perecía, determinó de antemano la salvación de todos los pueblos en Cristo.

De estos pueblos se trataba en la descendencia innumerable que fue en otro tiempo prometida al santo patriarca Abraham, descendencia que no sería engendrada por una semilla de carne, sino por la fecundidad de la fe, descendencia comparada a la multitud de las estrellas, para que de este modo el padre de todas las naciones esperara una posteridad no terreste, sino celeste.

Así pues, que todos los pueblos vengan a incorporarse a la familia de los patriarcas, y que los hijos de la promesa reciban la bendición de la descendencia de Abraham, a la cual renuncian los hijos según la carne. Que todas las naciones, en la persona de los tres Magos, adoren al Autor del universo, y que Dios sea conocido, no ya sólo en Judea, sino también en el mundo entero, para que por doquier «sea grande su nombre en Israel».

Instruidos en estos misterios de la gracia divina, queridos míos, celebremos con gozo espiritual el día que es el de nuestras primicias y aquel en que comenzó la salvación de los paganos. Demos gracias al Dios misericordioso, quien, según palabras del Apóstol, «nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz; él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido». Porque, como profetizó Isaías, «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una

luz grande; habitaban en tierra de sombras, y una luz les brilló». También a propósito de ellos dice el propio Isaías al Señor: «Naciones que no te conocían te invocarán, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti».

Abraham «vio este día, y se llenó de alegría», cuando supo que sus hijos según la fe serían benditos en su descendencia, a saber, en Cristo, y él se vio a sí mismo, por su fe, como futuro padre de todos los pueblos, «dando gloria a Dios, al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete».

También David anunciaba este día en los salmos cuando decía: «Todos los pueblos vendrán a prostrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre»; y también: «El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia».

Esto se ha realizado, lo sabemos, en el hecho de que tres Magos, llamados de su lejano país, fueron conducidos por una estrella para conocer y adorar al Rey del cielo y de la tierra. La docilidad de los Magos a esta estrella nos indica el modo de nuestra obediencia, para que, en la medida de nuestras posibilidades, seamos servidores de esa gracia que llama a todos los hombres a Cristo.

Animados por este celo, debéis aplicaros, queridos míos, a seros útiles los unos a los otros, a fin de que brilléis como hijos de la luz en el Reino de Dios, al cual se llega gracias a la fe recta y a las buenas obras; por nuestro Señor Jesucristo que, con Dios Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.



La Palabra tomó de María nuestra condición

*Lectura del Oficio del día 1 de enero,
festividad de Santa María, Madre de Dios*

(de la carta de san Atanasio a Epicteto)

La Palabra *tendió una mano a los hijos de Abraham*, como afirma el Apóstol, y *por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos* y asumir un cuerpo semejante al nuestro. Por esta razón, en verdad, María está presente en este misterio, para que de ella la Palabra tome un cuerpo, y, como propio, lo ofrezca por nosotros. La Escritura habla del parto y afirma: *Lo envolvió en pañales*; y se proclaman dichosos los pechos que amamantaron al Señor, y, por el nacimiento de este primogénito, fue ofrecido el sacrificio prescrito. El ángel Gabriel había anunciado esta concepción con palabras muy precisas, cuando dijo a María no simplemente «lo que nacerá en ti» —para que no se creyese que se trataba de un cuerpo introducido desde el exterior—, sino *de ti*, para que creyéramos que aquel que era engendrado en María procedía realmente de ella.

Las cosas sucedieron de esta forma para que la Palabra, tomando nuestra condición y ofreciéndola en sacrificio, la asumiese completamente, y revistiéndonos después a nosotros de su condición, diese ocasión al Apóstol para afirmar lo siguiente: *Esto corruptible tiene que vestirse de incorruptión, y esto mortal tiene que vestirse de inmortalidad*.

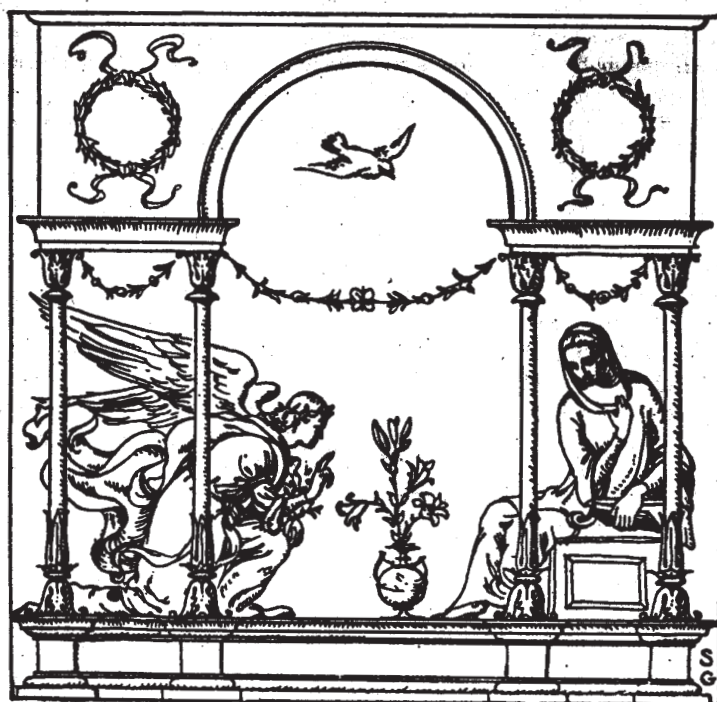
Estas cosas no son una ficción, como algunos juzgaron; ¡tal postura es inadmisible! Nuestro Salva-

dor fue verdaderamente hombre, y de él ha conseguido la salvación el hombre entero. Porque de ninguna forma es ficticia nuestra salvación ni afecta sólo al cuerpo, sino que la salvación de todo el hombre, es decir, alma y cuerpo, se ha realizado en aquel que es la Palabra.

Por lo tanto, el cuerpo que el Señor asumió de María era un verdadero cuerpo humano, conforme lo atestiguan las Escrituras; verdadero, digo, porque fue un cuerpo igual al nuestro. Pues María es nuestra hermana, ya que todos nosotros hemos nacido de Adán.

Lo que Juan afirma: *La Palabra se hizo carne*, tiene la misma significación, como se puede concluir de la idéntica forma de expresarse. En san Pablo encontramos escrito: *Cristo se hizo por nosotros un maldito*. Pues al cuerpo humano, por la unión y comunión con la Palabra, se le ha concedido un inmenso beneficio: de mortal se ha hecho inmortal, de animal se ha hecho espiritual, y de terreno ha penetrado las puertas del cielo.

Por otra parte, la Trinidad, también después de la encarnación de la Palabra en María, siempre sigue siendo la Trinidad, no admitiendo ni aumentos ni disminuciones; siempre es perfecta, y en la Trinidad se reconoce una única Deidad, y así la Iglesia confiesa a un único Dios, Padre de la Palabra.



Los Reyes Magos y la historia de sus reliquias

GERARDO MANRESA PRESAS



DESPUÉS de adorar al Niño Dios que se les había revelado a través de la estrella, los Magos, según el relato evangélico de san Mateo, «*advertidos en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino*» (Mt 2,12).

La incógnita de cuál era la tierra de los Magos ha durado desde siempre y, aunque Persia parece el origen más razonable, será una de aquellas incógnitas que siempre perdurarán. Algunas tradiciones piadosas hablaban de que vivieron en Siria o Persia y que años más tarde, después de Pentecostés y del Concilio de Jerusalén, cuando los apóstoles se extendieron por todos los países conocidos, santo Tomás, que fue a Oriente hasta la India, llegó a conocerlos y los

bautizó, pues fueron creyentes desde el mismo momento en que se arrodillaron a los pies de Jesús en Belén.

Santa Elena encuentra las reliquias

TRAS la victoria de Constantino sobre Magencio en la batalla de Puentes Milvio en el año 313, bajo el signo de la Cruz, todo cambió en el Imperio romano. El año siguiente, el Edicto de Milán permitió la práctica de la religión cristiana en todo el Imperio.

En el año 324, una vez trasladada la capital del Imperio a Constantinopla, Elena, la madre de

Constantino, marchó a Palestina para dedicarse a la recuperación de los recuerdos de la vida de Jesús. La ubicación del Calvario y del Santo Sepulcro, la cueva de Belén y, especialmente, la Santa Cruz, son los recuerdos más importantes de la vida de Cristo que se deben a santa Elena.

Esta ansia por recoger y venerar todos estos recuerdos le llevó también a buscar los restos de los Magos, que dóciles a la manifestación del Señor, acudieron a Belén. Viajó a Persia y a Arabia para su búsqueda y logró encontrarlos y enviarlos a Constantinopla, la capital del Imperio. Santa Elena murió en Jerusalén el año 329.

De Constantinopla a Milán

HACIA el año 1150, se escribió el libro *Vita Eustorgii*, relato de la vida de san Eustorgio, obispo de Milán. San Eustorgio fue contemporáneo de san Atanasio, el Grande, al que apoyó cuando este último fue perseguido por el emperador de Oriente, Constancio (340-361). San Atanasio le llama «defensor de la fe»; y san Ambrosio, obispo de Milán años más tarde, «confesor de la fe». San Eustorgio murió hacia el año 350. El relato que se hace a continuación se ha extraído de la *Vita Eustorgii*.

En tiempos de Constancio había en Constantinopla un varón de noble linaje griego llamado Eustorgio, hombre piadoso y culto, de vida ejemplar que fue enviado por el emperador como embajador a Milán.

Después de un tiempo de convivencia en esta ciudad murió el obispo de la ciudad y el pueblo de Milán lo aclamó como nuevo obispo, pues vio en él a un defensor de la fe y un hombre preparado para el servicio de Dios. Eustorgio regresó a Constantinopla, acompañado por una representación milanesa, para solicitar el permiso del emperador: «Señor Padre y Emperador, yo te doy gracias porque me has honrado siendo tu embajador y enviándome a la santa ciudad de Milán, tu metrópoli, como embajador. Sabe, que todo lo que he hecho lo he realizado según tu voluntad y todo lo mandado se ha cumplido; pero yo he sido elegido por la ciudad para que trabaje para la gloria de Dios y su bien, como su obispo. El pueblo me ha pedido insistentemente que venga a solicitarte tu autorización y para ello hemos sido enviados con esta embajada». El emperador contestó: «Sé obispo, hombre virtuoso». Eustorgio le respondió: «Doy gracias a Dios y a ti. Pero deja, querido señor, que me lleve conmigo a la santa ciudad de Milán alguna reliquia santa que sea el honor de la ciudad y orgullo del pueblo de Milán.». El emperador le respondió: «Escoge, toma, lo que más quieras. Sea como tú quieras, o si fuera posible, mejor.

Saluda a mi pueblo de Milán y hazme presente ante ellos». Eustorgio, muy contento, hizo construir un recipiente de mármol donde colocó el cofre con las reliquias de los Reyes Magos, los que habían regalado al Señor oro, incienso y mirra, y en una carroza tirada por bueyes, con gran esfuerzo y muchas noches de vela, con la ayuda de Dios y con gran caridad para Milán, llevó dichos restos hasta la ciudad. Dicha reliquia fue depositada en una iglesia que había junto a los muros de la ciudad. Más tarde dicha iglesia sería dedicada a san Eustorgio y en ella reposarían, también, sus restos. Todos los cristianos de los alrededores peregrinaban piadosamente a ella para venerar los restos de los Reyes Magos. Junto a ella se encuentra un santo manantial, donde se bautizaban los catecúmenos de la ciudad.

De Milán a Colonia

A mediados del siglo XII, el ambiente político en Italia era poco favorable al Imperio y al Papa, pues la República romana excitaba a las grandes ciudades a no someterse ni al papa ni al Imperio. El papa Eugenio III pidió a Federico I Barbarroja, una expedición a Italia para librarle de la República romana y el emperador prometió hacerlo como devoto protector de la Iglesia y para ello firmó un tratado en 1153. El papa le prometió ceñirle la corona de hierro del Imperio, es decir, coronarlo emperador del Sacro Romano Imperio. Federico I Barbarroja no acudió a Italia hasta el año siguiente, cuando en Roma ya habían muerto el papa Eugenio III, e incluso su sucesor y Adriano IV ocupaba la Cátedra de san Pedro. Federico salió de Augsburgo y llegó, a través de Trento, hasta Plasencia. Allí, como era habitual, convocó a los príncipes y feudatarios para que le expusieran sus quejas. Fue allí donde conoció que Milán intentaba, siguiendo los pasos de la República romana y despreciando los mandatos del rey, dominar toda la Lombardía.

Federico I sitió la ciudad, pero no la atacó. Le urgía ir a Roma para la coronación, que tuvo lugar en junio de 1155. Así acabó la primera expedición de Federico I a Italia.

Los milaneses siguieron incordiando al emperador con sus ansias de dominar la Lombardía. Una segunda expedición debía organizarse para destruir las ansias milanesas contra el Imperio. En agosto de 1158, el emperador sitió de nuevo la ciudad, donde el hambre y la peste obligaron a los milaneses a rendirse. Esta situación permitió que Federico dominase en la Lombardía y en Italia, pero no llegó a destruir la ciudad.

En estos años cambió Federico I a su canciller y

nombró para sustituirle a Reinaldo de Dassel, obispo de Colonia.

Milán continuaba contra el Imperio y en la primavera de 1161 Federico envió un gran ejército contra la ciudad, mandado por Federico de Rotenburg, el conde palatino Conrado y Reinaldo de Dassel. Después de varios meses de asedio los milaneses quisieron negociar con el emperador pero Reinaldo lo impidió y se volvió a la lucha. El sitio de la ciudad se hizo extremo, toda persona que quisiera pasar vituallas perdería la mano derecha, se incendiaron las provisiones, se cortaron las traídas de agua. Así se llegó a la rendición, pero esta vez se dio la sentencia de que la ciudad de Milán debía desaparecer de la faz de la tierra. El 26 de marzo de 1162 todos los milaneses debían abandonar la ciudad. Las ciudades próximas, que años antes habían sido atacadas por Milán, serían las encargados de destruirla. Siendo la mayor parte de las casas de madera, el fuego fue el principal factor destructivo. Por encima de las ruinas de la ciudad debía pasarse el arado y después tirar sal, como señal de que aquel suelo estaba maldito perpetuamente. Los habitantes de Milán tuvieron que establecerse en aldeas abiertas. Las iglesias fueron respetadas. Después de la destrucción, Federico I lo celebró en la ciudad de Pavía y volvió a ponerse la corona de emperador, simbolizando su dominio sobre todo el Imperio.

Los años siguientes continuaría aún Reinaldo de Dassel al lado de Federico I apoyando la elevación del antipapa Pascual III y fomentando la actitud gibelina del emperador, pues para el obispo de Colonia «Roma era una ciudad del Imperio y el Papa un obispo del Imperio; el Emperador, el supremo patrono de la Iglesia.» (Weiss, *Historia universal*, t. V, pag 634). Con todo ello, como dice Weiss, «se perdía la unidad de la Iglesia y su protector se convertía en su destructor». R. Henkenrath, autor de una biografía de Reinaldo de Dassel, dice que los documentos de la época dicen de él que era «un hombre de piedad profunda y gozaba honrando las reliquias de los santos» y por otro lado que «quería la paz de la Iglesia, que para él sólo era posible con una estrecha relación de la Iglesia con el Estado».

En junio de 1164, Federico I quiso agradecer, con un gran regalo, todos los esfuerzos que su canciller había hecho para consolidar y engrandecer al Emperador. Dicho regalo fueron las reliquias de los Reyes Magos.

El traslado de dichas reliquias hasta Colonia fue todo un acontecimiento, ya que, según las crónicas, antes de llegar a la ciudad donde reposarían, pasó por más de setenta monasterios alemanes. Aún hoy día se recuerda en ciertas poblaciones o monasterios alemanes el paso de las reliquias de los Reyes Magos, con lápidas conmemorativas.

Las reliquias se depositaron en la catedral de Colonia, dedicada a san Pedro, con gran ceremonial.

La catedral de Colonia

A partir de este momento se iniciaron grandes peregrinaciones hasta la ciudad para venerar dichas reliquias, de tal forma que Colonia se convirtió en la tercera ciudad europea de peregrinación, tras Roma y Santiago.

Ello motivó que tuviera que construirse una nueva catedral de mayor capacidad para poder acoger a todos aquellos peregrinos. En 1225 se inició el proyecto de la catedral actual.

La enorme magnitud de dicho templo impidió una construcción rápida: se inició en agosto de 1248 y en 1322 ya estaba en funcionamiento, pues entonces se amplió el coro, pero estaban construidas las dos torres, que se iniciaron en 1410. En 1528 se tuvieron que suspender las obras por falta de dinero y así permaneció durante trescientos años. En 1842 se continuaron las obras y se finalizaron en 1880. Todas ellas se realizaron según el proyecto primitivo del siglo XIII.

La Revolución contra el símbolo de la fe del pueblo alemán

EN los últimos siglos, contra ese magnífico monumento de fe y de piedad, que durante muchos siglos ha sido el centro de piedad del pueblo alemán, se ha centrado el odio de los impíos, ateos y revolucionarios de toda especie.

Hacia fines de la primera mitad del siglo XIX, el mejor representante de dicho odio fue Heinrich Heine, exponente del pensamiento ateo y comunista, amigo de Karl Marx. Exiliado en Francia por causa de sus escritos, Heine consiguió autorización para volver a su país, tras trece años de exilio.

Las impresiones de su reencuentro con el suelo patrio después de tanto tiempo, las transcribió en su famosa sátira *Deutschland, ein Wintermärchen* («Alemania, un cuento de invierno»). Escrita en verso, la obra está considerada como un texto clásico de la literatura alemana, materia de estudio en colegios, liceos y en cursos de literatura alemana para estudiantes extranjeros.

Heine cuenta que viajando a Hamburgo para visitar a su madre, llegó a Colonia y contempló con odio la antigua catedral, aún sin las torres acabadas, símbolo del «fanatismo» y de la «superstición» (insultos parecidos a los que lanzó la Revolución francesa contra la Iglesia). Se alojó cerca de la catedral, y durante la noche tuvo sueños. Él se vio

dentro del templo, acompañado de un «espíritu familiar parecido al “petit homme rouge” (pequeño hombre rojo) que seguía a Napoleón a todos lados». En la oscuridad del templo, un punto luminoso lo atrajo. Al aproximarse vio ante sus ojos el relicario de oro donde reposan los tres Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar. «Allí está concentrado —explica—, casi dos milenios de “oscurantismo”, inconcebible después del “Siglo de las Luces”». Despreciando sarcásticamente la muerte, la realeza y la santidad, Heine, en su sueño, hace una señal al «ejecutor de sus voluntades» (el tal «espíritu familiar»), el cual, blandiendo una masa de hierro, destrozó e hizo añicos a lo que él llamaba «restos de la superstición». Satisfecho con su vandalismo impío, Heine despertó.

Este sueño expresaba sus más íntimos sentimientos. Él deseaba que las torres de la catedral jamás fuesen terminadas, y que el viejo edificio se transformase, en el futuro, en establo para los caballos de las tropas de la Revolución, como hizo Napoleón con el monasterio de Cluny. No era nuevo este deseo: en siglos anteriores hubo también enemigos de la Iglesia que quisieron transformar templos católicos en establos. Esa fue la amenaza hecha por los jefes musulmanes, tanto en las vísperas de la batalla de Lepanto en 1571, como durante el cerco de Viena en 1683, donde manifestaron a su vez el deseo de entrar en la basílica de San Pedro a caballo.

El sueño de Heine expresa muy bien la intensidad del odio que los revolucionarios tienen a todo aquello que mueve la fe de la gente sencilla del pue-

blo, en este caso la catedral de Colonia, símbolo del pueblo católico alemán.

La juventud en Colonia el año 2005

COLONIA ha sido la capital central de los católicos alemanes. Siempre se ha atribuido a la hermosa catedral este privilegio, pero más bien hemos de decir que ha sido debido a los tres Reyes Magos, cuyos restos reposan allí y sin los cuales no habría habido catedral.

Durante siglos han acudido fieles de todo el mundo a visitarlos y, aún hoy día, es el monumento alemán más visitado. Ni el odio revolucionario, ni el religioso han podido quitar el protagonismo a aquellos Magos, que dejándolo todo, cuando vieron la estrella, sólo pensaron en encontrar al Niño Dios para adorarle.

Este próximo verano el papa Juan Pablo II ha citado a todos los jóvenes a acudir a Colonia para que, animados por él mismo, representante de aquel Niño Dios de Belén, puedan ver más claramente, no ya la luz de la estrella, sino al mismo Niño del Portal, Jesús, y seguirlo con la misma intrepidez, constancia y alegría con que lo hicieron los Reyes Magos y para que una vez vueltos cada uno a su tierra, transmitan la alegría y las ganas de amar más a aquel que dio su vida por nosotros, Jesucristo.

¡Que los santos Reyes Magos les ayuden a conseguirlo!



La Epifanía en santo Tomás de Aquino

JOSÉ M^a ROMERO BARÓ

COMO es sabido, la palabra *epifanía* deriva del griego *épipháneia* (de *épi*, una preposición que significa *sobre, en la superficie*, y de *pháino*, un verbo que deriva de *pháos* o *phós* –luz–, y que significa *hacer visible, aparecer, mostrarse o manifestarse*), señalando así la *aparición* de algo o de alguien que se muestra de manera abierta o *manifiesta*. En especial, la palabra *epifanía* se reserva para la festividad en que se celebra la venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo (su primera venida), y está claro que el nacimiento de Jesús (la Natividad o Navidad) se hace pública o se manifiesta con la Adoración de los pastores y de los Reyes (Epifanía), objeto del presente número de la revista *Cristiandad*.

La palabra manifestación (*manifestatio*, y no *epiphania*) es la que utiliza santo Tomás para referirse a lo que la tradición de la Iglesia ha llamado y sigue llamando todavía «la Epifanía», y como *manifestatio* la encontramos sin excepción en la *Suma teológica* (tercera parte, cuestión 36, que consta de ocho artículos), a la que me referiré a lo largo de estas páginas –siguiendo la traducción del padre Alberto Colunga– para ofrecer a los lectores algunas de las ideas centrales de santo Tomás sobre la significación de estas fiestas. Santo Tomás sitúa «La manifestación de Cristo ya nacido» en la citada cuestión 36, dedicando las cuestiones precedentes (de la 30 a la 35) a la Anunciación, a la Concepción y al Nacimiento de Cristo, y las cuestiones posteriores (hasta la 59) a su Vida, Pasión, Muerte, Resurrección, Ascensión, Exaltación y Poder, de modo que en estas cuestiones estudia todas las etapas de la primera venida del Hijo de Dios al mundo, y de ahí que esta parte de la *Suma* sea conocida también como *La vida de Cristo*.

En el artículo primero, santo Tomás se pregunta si la manifestación de la divinidad de Jesucristo tras su nacimiento debería haber sido tan patente que fuera inmediatamente conocida y reconocida por todos los hombres y mujeres del mundo. Responde que no, apoyándose en la autoridad de Isaías (Is 45, 15) cuando recuerda al Dios que se esconde y que es despreciado: «Tú eres Dios escondido (*Deus absconditus*), el Santo de Israel, su Salvador» y también (Is 53,3): «*Su rostro está encubierto y despreciado*», exponiendo de inmediato la necesidad de la humanidad (no sólo divinidad) de Jesucristo para que con su muerte se lograra la redención del gé-

nero humano, y argumentando que la fe habría sido innecesaria si la divinidad de Cristo hubiera quedado clara, patente y manifiesta desde el primer momento, al tiempo que la humanidad de Cristo hubiera podido quedar en entredicho con más facilidad.

En efecto, «el nacimiento de Cristo –nos dice– no debió ser manifiesto a todos en común. Primero, porque esto impediría la redención humana, que se debía de consumir en la cruz, pues como dice san Pablo (I Cor 2,8) “si le hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria”. Segundo, porque esto hubiera disminuido el mérito de la fe, por la que venía a justificar a los hombres, según la sentencia del Apóstol (Rm 3,22): “la justicia de Dios, por la fe de Jesucristo”. Si al nacer Cristo, su nacimiento hubiera sido conocido con manifiestos indicios, se quitaba la razón de la fe, que es “la convicción de cosas que no se ven” (Heb 11,1). Tercero, porque con esto se hubiera inducido a dudar de la realidad de su humanidad».

En el segundo artículo se pregunta si el nacimiento de Cristo debió ser manifiesto a algunos, y responde que sí, porque si por el contrario «el nacimiento de Cristo hubiera sido a todos oculto, a nadie hubiera aprovechado. Pero convenía que el nacimiento de Cristo fuese provechoso, pues de otro modo habría nacido en vano. Luego parece que el nacimiento de Cristo debió ser manifiesto a algunos». Supuesto, pues, que el Nacimiento de Cristo –Dios y hombre verdadero– no podía hacerse manifiesto a todos de modo inmediato, y que debía hacerse manifiesto sólo a algunos, nos acercamos a la función que tuvieron los pastores y los Reyes en la Epifanía del Señor, pues siguiendo a san Pablo (Rom 13,1) cuando afirma que «cuanto viene de Dios procede ordenadamente», argumenta santo Tomás que «pertenece al orden de la divina sabiduría que los dones de Dios y los secretos de su sabiduría no lleguen de igual modo a todos, sino lleguen inmediatamente a algunos y de éstos se extiendan a otros». Del mismo modo, siguiendo Hech (10,40-41) –y lo repite en el cuerpo de la cuestión 55 sobre la resurrección de Jesús–, «Dios resucitó a Cristo al tercer día y le manifestó, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios».

En el tercer artículo se pregunta santo Tomás si estuvieron bien escogidos aquellos a quienes se manifestó el nacimiento de Cristo, y responde afir-

mativamente de conformidad con lo dicho en el artículo anterior sobre la elección divina de los testigos, reforzándolo con otra cita de san Juan (13,18: «Yo sé bien a quiénes elegí»). Sin embargo, santo Tomás comienza este artículo planteando una posible objeción sobre el acierto de la manifestación a los Reyes (Magos): «dijo el Señor a los discípulos (Mt 10,5): “no vayáis a los gentiles”, para que antes se diese él a conocer a los judíos que a los gentiles. Luego parece que mucho menos desde el principio debía darse a conocer el nacimiento de Cristo a los gentiles “que vinieron del Oriente” (Mt 2,1)». Para defenderse de esta objeción, santo Tomás argumenta en el cuerpo de este tercer artículo que «la salud [salvación] que Cristo nos traía alcanzaba a todos los hombres, de cualquier condición que fuesen, pues como dice el Apóstol (Col 3,11): “en Cristo no hay varón ni hembra, gentil ni judío, siervo ni libre, y así de los demás. Y para que en el mismo nacimiento de Cristo se hallase figurado esto, se dio a conocer a todas las condiciones de hombres, pues como dice san Agustín en su sermón de la Epifanía “los pastores eran israelitas; los Magos, gentiles. Aquellos eran cercanos, éstos vinieron de lejos. Unos y otros concurren como a la piedra angular”. Hubo también entre ellos otra diversidad: que los Magos eran sabios y poderosos; los pastores, sencillos y de humilde condición. También se manifestó a los justos, como eran Simeón y Ana, y a los pecadores, como los Magos. Se manifestó también a los varones y a las mujeres —a Ana—, para indicar por aquí que ninguna condición quedaba excluida de la salud de Cristo».

Respondiendo a esa objeción, santo Tomás refuerza el acierto en la elección, primero de los pastores (judíos) y después de los Reyes (gentiles), con una analogía sobre la vida pública de Jesús entre los Apóstoles como condición previa a la difusión del Evangelio entre los gentiles: «aquella manifestación del nacimiento de Cristo fue una anticipación de la revelación más plena que vendría luego. Y como en la segunda manifestación fue anunciada la gracia de Cristo, primero por el mismo Cristo y por sus Apóstoles a los judíos, y luego a los gentiles; así vinieron a adorar a Cristo primero los pastores, que estaban cerca y eran como las primicias del judaísmo; luego los Magos, que vinieron de lejos y fueron “las primicias de los gentiles”, como dice san Agustín».

El siguiente artículo se pregunta si Cristo hubiera debido manifestar por sí mismo su nacimiento, o si bien fue mejor que los ángeles lo anunciaran a los pastores y la estrella a los Magos, como realmente ocurrió. Formula en parte esta pregunta en la primera objeción, al decir que la Física pone la causa que obra por sí misma como superior a la causa que obra



LEO · I ·

por otra, y argumenta en contra siguiendo las palabras de san León Papa según las cuales «los Magos hallaron al Niño Jesús, que “no se diferenciaba de la generalidad de los niños”». Por ello, santo Tomás observa que como los niños no se dan a conocer a sí mismos, «no convino que Cristo manifestara por sí mismo su nacimiento». Y no convino para que así pudiera haber libertad en la fe del creyente sobre la humanidad de Jesús, como dice a continuación: «el nacimiento de Cristo se ordena a la salud de los hombres, la cual sólo por la fe se alcanza. Ahora bien, la fe, para que sea causa de la salud, ha de confesar la divinidad y la humanidad de Cristo; luego era preciso que se manifestara su nacimiento en tal forma que la demostración de su divinidad no perjudicase a la fe en su humanidad. Esto lo hizo Cristo mostrando en sí mismo la semejanza de la flaqueza humana y dando a conocer, sin embargo, por las criaturas de Dios el poder de su divinidad», de manera que como «en toda generación y movimiento es preciso llegar a la perfección por lo imperfecto. Por eso Cristo se manifestó por otras criaturas antes de manifestarse perfectamente por sí mismo». Así se explica que la vida oculta de Jesús anteceda a su vida pública.

El artículo quinto entra a detallar el anuncio de los ángeles a los pastores, y el de la estrella a los Reyes. Apoyándose en la Sagrada Escritura, santo Tomás parte de la base que «las obras de Dios son perfectas» (Dt 32,4)», y de que «tal manifestación fue obra de Dios», para concluir: «luego sin duda que fue llevada a cabo con señales convenientes». Amplía esta argumentación diciendo: «como la demostración silogística ha de partir de principios evidentes para aquel a quien se dirige la demostración, lo mismo la manifestación que se hace por señales debe hacerse por las que son familiares a aquellos a quienes se ordena. Es bien sabido que a los justos les es familiar y habitual el ser instruidos por el instinto interior del Espíritu Santo, a saber, por el espíritu de profecía, sin la intervención de signos sensibles. Otros, dados a las cosas corporales, son conducidos por estas realidades sensibles. Los judíos estaban acostumbrados a recibir las comunicaciones divinas por intermedio de los ángeles, por medio de los cuales habían recibido la ley, según el dicho de los Actos (Hech 7,53): “Recibisteis la ley por mediación de los ángeles”. Pero los gentiles, y más los astrólogos, estaban hechos a contemplar el curso de las estrellas. Por esto a Simeón y a Ana, como a justos, se revela el nacimiento de Cristo por el instinto interior del Espíritu Santo, según las palabras de san Lucas (Lc 2,26) [...] A los pastores y a los Magos, como a gente dada a las cosas corporales, se les manifiesta el nacimiento de Cristo por apariciones visibles. Y porque el nacimiento no era puramente terrenal, sino en cierto modo celestial, por eso a unos y otros se revela el nacimiento con señales del cielo, como dice san Agustín en un sermón de la Epifanía: “los ángeles moran en los cielos, las estrellas son el ornamento de los mismos; a unos y otras cuentan los cielos la gloria de Dios”.

»Con mucha razón a los pastores, como judíos que eran, entre los cuales eran frecuentes las apariciones angélicas, se revela por medio de los ángeles el nacimiento de Cristo; pero a los Magos, hechos a la contemplación del cielo, se les manifiesta por la señal de la estrella. Tal es la sentencia de san Juan Crisóstomo: “El Señor, condescendiendo con ellos, los llama por las cosas a que estaban habituados”. Hay otra razón que alega san Gregorio: “A los judíos, como a seres que usan de razón, les predicó un ser racional, es decir, un ángel. Los gentiles, que no sabían valerse de su razón para conocer a Dios, son conducidos a él, no por la voz, sino por señales”».

Detengámonos ahora por un momento en los antecedentes con que cuenta santo Tomás para responder a la cuarta objeción de este artículo, que niega que la estrella fuera una señal cierta del nacimiento de Cristo: «Según cuenta san Crisóstomo, se lee en algunos escritos apócrifos que cierta nación que mora



en el extremo del Oriente, cerca del Océano, posee una escritura atribuida a Set, que habla de esta estrella y de los dones que deben ofrecer. Esta nación observaba con diligencia el nacimiento de esta estrella. Para ello señalaban doce exploradores que por turno devotamente subían a un monte. Desde allí vieron la estrella, que tenía la forma de un niño y encierra algo como una cruz.

»O se ha de decir que “aquellos Magos se dejaron guiar por la tradición de Balaam, quien dijo: ‘Una estrella saldrá de Jacob’. Por esto, viendo la estrella que se movía fuera de su ordinario curso, entendieron ser la que había predicho Balaam como anunciadora del Rey de los judíos”.

»Otra cosa que dice san Agustín en un sermón de la Epifanía: que “oyeron los Magos una revelación de parte de los ángeles” de que la estrella significaba a Cristo. Y parece probable que de los ángeles buenos tuvieran esta noticia, “cuando ya buscaban su salud en Cristo, a quien venían a adorar”.

»Finalmente, dice san León en un sermón de la Epifanía, que “fuera de aquella especie que hería sus ojos corporales, un rayo de luz más brillante inundaba en sus corazones la claridad de la fe”».

El capítulo sexto se pregunta si el orden de la manifestación fue el conveniente, y si no hubiera sido mejor que Cristo se manifestara primero a los

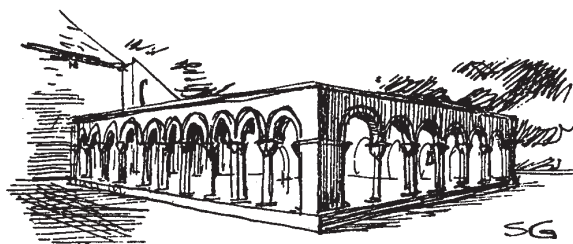
más allegados, a los justos como Simeón, antes que a los pastores, o a los Magos como representantes de la gentilidad antes que a éstos. Afirma santo Tomás que el orden de la manifestación ya es el que se corresponde con los hechos que vinieron después, con la plenitud de la vida de Cristo: «La razón de este orden es que por los pastores están significados los Apóstoles y otros creyentes de los judíos, a quienes primero fue comunicada la fe de Cristo, y entre los cuales “no hubo muchos poderosos ni muchos nobles” (I Cor 1,26). En segundo lugar, llegó la fe a la plenitud de las gentes, figurada en los Magos. En tercer lugar, llegó la vez a la plenitud de los judíos, figurados por los justos. Por eso se les manifestó Cristo en el templo a los judíos».

El penúltimo de los artículos de esta cuestión, dedicada toda ella a la primera manifestación de Cristo, se pregunta si la estrella que apareció a los Magos fue una de las estrellas que hay en el firmamento, y responde que no. Se basa en la autoridad de san Agustín, quien «en su obra *Contra Fausto* afirma: “No era una de las estrellas que desde el principio de la creación guardan el orden de sus caminos bajo la ley del Creador, sino que, para indicar el nuevo parto de la Virgen, una nueva estrella apareció”», y a continuación prosigue: «dice san Crisóstomo que la estrella aparecida a los Magos no fue una de las estrellas del cielo. Y esto es evidente por muchas razones. Primera porque ninguna otra estrella sigue esa dirección, moviéndose de norte a sur [sino de este a oeste], ya que Judea se halla al sur de Persia, de donde venían los Magos. Segundo, por el tiempo de su aparición, pues no apareció sólo de noche, sino en pleno día, lo que no sucede con ninguna estrella, ni aun con la Luna. Tercero, porque a veces se dejaba ver, y a veces se ocultaba, pues cuando entraron en Jerusalén se ocultó, para mostrarse luego que se alejaron de Herodes. Cuarto, porque no tenía movimiento continuo, antes bien caminaba cuando convenía que caminasen los Magos y se detenía cuando ellos debían detenerse, como la columna de nube del desierto (Ex 40,34; Dt 1,33). Quinto, porque mostró el sitio del parto de la Virgen, no quedándose arriba, sino bajando abajo (Mt 2,9) [...] De donde resulta claro que las palabras de los Magos “vimos su estrella en Oriente”, no significan que, hallándose ellos en Oriente, apareció la estrella en Judea, sino que la vieron en Oriente y

que los precedía hasta llegar a Judea (aunque esto último sea para algunos dudoso). Ni podría señalar con precisión la casa si no estuviera próxima a la tierra. Y como dice el mismo san Crisóstomo, este modo de obrar no parece propio de una estrella, sino “de una potencia racional”. En suma, que esta estrella parece un poder invisible transformado en la apariencia de estrella.

»Por esto dicen algunos que, como el Espíritu Santo descendió en figura de paloma sobre el Señor bautizado, así apareció a los Magos en figura de estrella. Otros dicen que el mismo ángel que a los pastores se mostró en figura humana, se mostró a los Magos en figura de estrella (Lc 2,9). Más probable, sin embargo, parece que fuera una estrella creada de nuevo, no en el cielo, sino en la región del aire vecina a la tierra, y que se movía según la voluntad de Dios».

El último artículo, el octavo, se pregunta si fue conveniente que los Magos viniesen a adorar y a venerar a Cristo, o si obraron imprudentemente atendiendo a que ellos no eran judíos, o a que ya reinaba Herodes, o a que no hallaron a Cristo resplandeciente con la dignidad regia, a lo que responde siguiendo «lo que dice Isaías (Is 60,3): “Las gentes andarán a tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora”. Pero los que se dejan guiar por la luz divina no yerran; luego los Magos no incurrieron en error al rendir homenaje a Cristo». Además, «Son los Magos las “primicias de las gentes” que creyeron en Cristo, en medio de las cuales apareció, como un presagio, la fe y la devoción de las gentes que vienen a Cristo de remotos países. Por esto, como la devoción y la fe de los gentiles está exenta de error en virtud de la inspiración del Espíritu Santo, así hemos de creer que los Magos, inspirados por el Espíritu Santo, sabiamente mostraron reverencia a Cristo.» Y, en efecto, los Magos no buscaban a ningún rey terrenal, ni tuvieron temor del rey de entonces, ni se sorprendieron al no ver en él nada de la majestad real, según dice santo Tomás respondiendo a las anteriores objeciones, sino que «vieron un hombre, pero adoraron a Dios. Y le ofrecieron regalos conformes con la dignidad de Cristo: “oro, como a un gran rey; mirra, con que se embalsaman los cuerpos de los muertos, indicando que él moriría por la salud de todos”. [...] Y el incienso, “con que expresamos la devoción de la oración”, cuando exhalamos ante Dios el aroma de nuestras oraciones».



Oro, incienso y mirra

LUIS PETIT GRALLA



EN el mes de enero celebramos con gozo la solemnidad de la Epifanía del Señor. Un elemento central en dicha fiesta es el gesto de aquellos magos venidos de Oriente, representando a todas las naciones gentiles, que ofrecieron al Niño de Belén oro, incienso y mirra. Los Santos Padres han visto en ese ofrecimiento un símbolo de la identidad de Cristo. Así, en san Ireneo encontramos la siguiente descripción de la escena:

«Guiados por la estrella hasta la casa de Jacob, al Emmanuel, mostraron quién era aquel a quien adoraban, por medio de los dones que le ofrecieron: mirra, porque él era quien debía morir y ser sepultado por la raza humana mortal; oro, porque es el Rey cuyo reino no tiene fin; incienso, porque es Dios que se dio a conocer en Judá, se hizo (hombre) y «se manifestó a quienes no lo buscaban» (Is 65,1)».¹

Del mismo modo afirma san Jerónimo:

«El sacerdote Juvenco² resume muy hermosamente en un solo versículo los misterios contenidos en esos dones: *incienso, oro y mirra, dones que traen al rey, al hombre, a Dios.*»³

La celebración de este día es ocasión para que la Liturgia de la Iglesia (*lex orandi, lex credendi*) nos vuelva a recordar los principales misterios de nuestra fe, la verdadera identidad de Jesucristo, Dios hecho hombre, y su realeza. Debemos volver a afirmar esto frente a los errores contrarios, que al conocerlos nos ayudan a explicitar mejor qué es lo que creemos.

1. SAN IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* 3, 9.2

2. Cayo Vetio Juvenco compuso hacia el año 330 el primer poema épico cristiano, poniendo en verso los Evangelios. Era de origen español.

3. SAN JERÓNIMO, *Comentario al Evangelio de Mateo*, Madrid, Ciudad Nueva, 1999.

Francisco Canals en su libro *Los siete primeros concilios*⁴ ofrece una visión unitaria de la historia de la formulación de la ortodoxia católica. No es meramente una lección de historia, sino que viendo efectivamente la historia de aquellos concilios en sus distintas facetas (sociales, religiosas, políticas...) encontramos luz para los problemas actuales y criterios de discernimiento que nos son de mucha utilidad. Afirma en un momento de la obra Canals:

«El demonio no tiene muchas cosas que decir, y siempre dice las mismas. Una de las cosas más tentadoras para los hombres es la novedad; parece que lo que es nuevo es bueno. Pero, todo lo que hay de nuevo en las herejías es verbal; los engaños son sólo tres o cuatro».⁵

En las primeras herejías con que nos encontramos se encuentran ya trazadas ideas que hoy pasan por ser la última moda teológica, y el no acatarlas es visto como una muestra de retraso o, por lo menos, de inmovilismo.

Mirra

Así, retornando a los Magos, es extraño que alguien le niegue hoy la mirra al Señor —su verdadera y completa humanidad— que sería el error apolinarista, monofisita, etc., en el ambiente católico. La «moda teológica» va más por la corriente pronestoriana, pero debemos estar atentos porque el error apolinarista desvirtúa, normalmente con apariencia de ortodoxia, la economía salvífica y

4. FRANCISCO CANALS, *Los siete primeros concilios*, Barcelona, Scire, 2003.

5. *Ibíd.* p. 200.

es totalmente contrario a la Revelación. «Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado». ⁶ El Jesús que nos presentan los Evangelios es un Jesús que llora, que sufre, que se turba, y que lleno de tristeza y de angustia es capaz de decir en Getsemaní: «Mi alma está triste hasta el punto de morir». ⁷

No debemos olvidar nunca en nuestra vida cristiana la verdad fundamental de la Encarnación, no despistarnos quizás por reacción contra el antropocentrismo. Sin esta verdad no tendría sentido la devoción al Corazón de Jesús, «síntesis de todo el cristianismo». Avisaba santa Teresa respecto a los que querían apartarla de la humanidad de Cristo:

«Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por experiencia. Háme lo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que vuestra merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplación; por aquí va seguro». ⁸

Incienso

EN cambio, correspondiendo más con nuestra era antropocéntrica nos encontramos más a menudo con una negación, o un silencio que acaba siendo equivalente, de la divinidad de Cristo.

San Cromacio de Aquileya, obispo del siglo IV escribía así contra Fotino y Arrio:

«Y por eso dice el Señor: *Por sus frutos los conoceréis*; porque por la predicación de su fe se da a conocer que son lobos. En efecto, Fotino afirmó que Cristo, Señor y Salvador Nuestro, era solamente un hombre. De nuevo Arrio lo confesó como criatura, pero el Cristo que ellos predicaban no lo reconoce la fe de la Iglesia. Pues no creemos como Fotino en un hombre, sino en Dios; ni como Arrio en una criatura, sino en el creador. Quien cree en un hombre es maldito. Pues está escrito: *Maldito el hombre que tiene esperanza en un hombre* (Jr 17,5). Y quien cree en una criatura cae bajo condena. Esto en efecto leemos que dijo de los impíos el Apóstol: *Dieron culto y sirvieron a la criatura antes que al Creador* (Rm 1,25) Los tales, por tanto, aunque vengan con vestido de oveja como si predicaran a Cristo, por dentro

se muestran lobos, pues llevan consigo una ciencia feroz para hacer daño a las ovejas de Cristo.» ⁹

Fotino y Arrio difieren en que para Fotino Cristo es un hombre, para Arrio no, es una criatura más excelsa; pero ambos coinciden en que no es Dios. No se puede poner la esperanza de salvación fuera de Dios. El error de Fotino, que renovó el error de los ebionitas, se repite cada vez que vemos, aun en medio de un lenguaje supuestamente católico, poner las esperanzas de salvación del hombre en lo humano. Por ello Canals ve en el ebionismo la primera teología de la liberación desviada:

«La desviación fundamental de la teología de la liberación equivocada no consiste sólo ni primeramente en propugnar la violencia, el odio de clases, la visión marxista de la vida, sino en reducir la liberación cristiana a una liberación meramente intrahistórica, sociológica, y dejar de lado la liberación del hombre de sus pecados». ¹⁰

En este momento en que tanto se habla de humanismo es importante saber distinguir un auténtico humanismo cristiano en que la humanidad es elevada por la misericordia de Dios, de aquel humanismo que –aun quizás llevando el nombre de cristiano– prescinde de Dios y se convierte en una autodivinización. Según el Catecismo de la Iglesia católica esto cabría identificarlo con el Anticristo:

«La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne». ¹¹

También el recuerdo del arrianismo –una herejía más complicada por ser una confluencia del «error judío» y racionalismo helénico– que niega tanto la humanidad como la divinidad de Cristo, ilumina ciertas actitudes actuales, sino en la teoría sí en la práctica, porque al negar lo divino, ese cristianismo se vuelve a la larga inhumano:

«Si hoy muchos desconocen los valores naturales tradicionales asumidos por la gracia de Dios, y en nombre de este proyecto de cristianismo inmanentizado destruyen o ignoran o dejan de cultivar valores legítimos, que estaban ya haciendo presente lo sobrenatural en nuestras tradiciones, como las procesiones del Santísimo o de una imagen de María –que a algunos les gusta suprimir– están obrando sobre la sociedad como los arrianos: con un cristianismo que no es sobrenatural, pero tampoco es natural, sino que es inhumano. Lo sobrenatural nunca es inhumano, sino siempre elevador de lo

6. Hb 4,15.

7. Mt 26,38.

8. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida* cap. 22, 6-7.

9. SAN CROMACIO DE AQUILEYA, *Comentario al Evangelio de Mateo*, Madrid, Ciudad Nueva 2002 p. 245.

10. FRANCISCO CANALS, op. cit. p. 30.

11. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 675.

humano. Cuando con pretextos cristianos se suplanta lo sobrenatural divinizante por un cristianismo inmanentizado, este cristianismo suele atropellar los valores humanos legítimos. Y esta es la tentación de muchos dirigentes de la política y de la cultura cristiana de nuestros días, la tentación de hacer un cristianismo sociológico-político que no es sobrenatural y que no es humano».¹²

Oro

QUIÉN le niega el oro al Señor? Aquellos que niegan que debe reinar sobre todas las cosas. Es lógico que aquellos que le han negado el incienso al Señor, le nieguen también el oro, su realeza. Dice León XIII en la encíclica *Libertas*:

«En realidad lo que en filosofía pretenden los naturalistas o racionalistas, eso mismo pretenden en la moral y en la política los fautores del liberalismo, los cuales no hacen sino aplicar a las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los partidarios del naturalismo».¹³

Pero también es cierto, que nos encontramos a diario el drama de que muchos de los que afirman que Cristo es Dios hecho hombre, afirman al mismo tiempo que no es Rey, que las leyes y las sociedades deben funcionar al margen de su realeza, que es preciso callar en público el nombre de Jesucristo. Hay que reconocer que en este campo el engaño es muy grande. Si hubo un tiempo en que «el orbe entero gemía viéndose arriano» pienso que hoy el orbe entero gime viéndose liberal. Algunos ingenuamente se dejan engañar por las apariencias del lobo vestido con piel de cordero («el liberalismo ha cambiado», «se han superado los primeros malentendidos y se han clarificado posiciones»...) pero lo cierto es que la secularización avanza, la peste del laicismo – como lo llamaba Pío XI en la *Quas primas*– lo invade todo... Si veíamos antes que negar la divinidad de Cristo es contrario a las Escrituras y lo mismo su humanidad... no es menos cierto que los textos sagrados claman a cada paso la realeza de Cristo.

Los textos magisteriales que condenan el liberalismo no son ambiguos, no pueden ser fruto de una época, no nos hablan de matices o problemas de enfoque... miremos lo que decía León XIII:

«Pero hay ya muchos imitadores de Lucifer, cuyo es aquel nefando grito: “no serviré”, que con nombre de libertad defienden una licencia absurda. Tales son los partidarios de ese sistema tan extendido

y poderoso que tomando nombre de la libertad, quieren ser llamados liberales».¹⁴

¡No es pequeña la acusación! «imitadores de Lucifer» que defienden el «no serviré».

Esto puede llamar la atención de muchos católicos liberales, pero es necesario escuchar la voz de los papas que nos alertan sobre el engaño, es bueno incluso acudir a las fuentes del liberalismo y ver lo que pretenden:

«Cualquiera que se atreva a decir *fuera de la Iglesia no hay salvación*, debe ser expulsado del estado»¹⁵ decía Rousseau, liberal del siglo XVIII. «La dificultad mayor para que la Iglesia pueda integrarse en una sociedad democrática procede de esa consideración, extrapolada al ámbito político, de que es la detentadora y la administradora de la Verdad con mayúsculas, que es la verdad de Dios»,¹⁶ dice Gregorio Peces-Barba, liberal del XXI.

No, no es compatible la verdad de que Cristo es Rey con el liberalismo que clama «No queremos que ése reine sobre nosotros».¹⁷

Para los liberales bien intencionados que ignoren que con su actitud están haciendo mucho daño a la Iglesia vale la comparación de Jean Ousset:

«Herodes representa el liberalismo crapuloso del libertinaje; Pilato, el liberalismo de la gente correcta, amiga de *lavarse las manos*, respetar las formas. Pilato es el liberalismo de la gente tenida por honorable. Pilato es el cristiano liberal que, en el fondo, trata de salvar a Jesús, pero que empieza por hacerle flagelar, para enviarlo luego a la muerte, ante el creciente tumulto que tanto su demagogia como su falta de carácter fueron incapaces de contener».¹⁸

A la luz de las consideraciones que hemos hecho solicitemos al Señor que nos dé valentía para anunciar a los hombres la verdad sobre Cristo que los Magos confesaron. No nos dejemos llevar por la «prudencia de la carne» que es muerte. Tomemos como ejemplo a san Atanasio, que no vaciló en ofrecer su vida entera por defender la verdad sobre Cristo, lejos de toda ambición humana.

Existe la costumbre de que el día de la Epifanía el Santo Padre consagra algunos nuevos obispos. Pidamos al Señor que por intercesión del obispo san Atanasio conceda también a nuestra jerarquía valentía para anunciar –frente a todos los errores– que Jesús es Dios, Hombre y Rey, nuestra única esperanza y fuera del cual no hay salvación.

14. LEÓN XIII, Enc. *Libertas praestantissimum*, n. 11.

15. JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *El contrato social*, Madrid, Tecnos 3ªed. 1995 p. 140.

16. Gregorio Peces-Barba, «Pluralismo y laicidad en la democracia», en *El País* 27 de febrero de 2002

17. Lc 19,14.

18. JEAN OUSSET, *Para que Él reine*, Madrid, Speiro, 1972 p. 19.

12. FRANCISCO CANALS, *op. cit.* p. 37.

13. LEÓN XIII, Enc. *Libertas praestantissimum*, n. 12.

Texto latino y versiones castellana y catalana del Himno XII del «Cathemerinon» de Prudencio

El poeta cristiano Aurelio Prudencio Clemente (nacido en Calahorra o Zaragoza, hacia el año 410 y muerto en esta segunda ciudad), formado en la tradición clásica y bíblica, escribió un largo poema en latín con el título griego de *Cathemerinon*.

CRISTIANDAD se ocupó de este poeta en un documentado artículo del catedrático de lengua latina Joaquín Florit. El Himno XII del *Cathemerinon* está dedicado a la Epifanía y narra la razón por la que los Magos iniciaron el camino de Belén. Sacando sus presentes los ofrecieron de rodillas al Niño Dios. Al ofrecerle oro declaran el acatamiento a su realeza, el incienso significa su divinidad y la mirra es como una alusión a la muerte que le aguarda.

Sigue la narración del furor que produce en Herodes la noticia del nacimiento del Hijo de Dios y la orden a sus soldados para que den muerte a todos los recién nacidos. Como dice Joaquín Florit, este es un momento especialmente dramático del poema, pues es difícil acumular más horror en menos número de versos. La Iglesia ha adoptado en su liturgia algunos versos de esta narración. Los Santos Inocentes son las primicias de los mártires, las víctimas primeras de Cristo, que, como niños inocentes, «jugáis delante del ara misma con las palmas y las coronas de los mártires». San Agustín, en un pasaje del sermón 220, muestra que conocía los versos de Prudencio.

El Niño Jesús se salvó de aquella matanza como también en otro tiempo Moisés lo había hecho de la persecución del faraón y así como Moisés liberó de la esclavitud al pueblo de Israel, Cristo nos libra de las tinieblas de la muerte venciendo al demonio.

El himno termina con una impresionante llamada a los pueblos todos del universo para que reconozcan al Mesías como único Señor.

Además del original latino y de la traducción castellana del propio Joaquín Florit, reproducimos la versión que el insigne poeta mallorquín Miguel Costa y Llobera realizó en catalán.

Los que buscáis a Cristo
al cielo alzad los ojos
y allí veréis un símbolo
de gloria sempiterna.
Estrella es que en belleza
del sol al disco vence
y nuncia es de que vino
Dios a la tierra hecho hombre.
No luce por las noches
tras de la luna; es sólo
dueña del cielo y rige
el curso de los días.
Las osas no se ponen
en sí misma girando,
pero quedan ocultas
a veces por las nubes:
ésta nunca declina
y eterna permanece
y a su luz no la oculta

Quicumque Christum quaeritis,
oculos in altum tollite:
illic licebit visere
signum perennis gloriae.
Haec stella, quae solis rotam
vincit decore ac lumine,
venisse terris nuntiat
cum carne terrestri Deum.
Non illa servit noctibus,
secuta lunam menstruam,
sed sola caelum possidens
cursum dierum temperat.
Arctoa quamvis sidera,
in se retortis motibus,
obire nolint, attamen
plerumque sub nimbis latent.
Hoc sidus aeternum manet,
haec stella numquam mergitur
nec nubis occursu abdita

Tots quants a Crist anar voleu
alçau els ulls al cel astral:
sera llegut que hi contempleu
d'eterna glòria la senyal.
L'estel qui dexa'l sol vençut
per la bellesa del brill seu
diu qu'a les terres és vingut
en carn humana tot un Déu.
No fa tal astre per la nit
cort a la lluna variant;
mes tot el cel ha presidit,
el curs dels dies ordenant.
Si'ls globes àrtichs, vers el pol
girant, no's volen pondre may,
no obstant de núvols per l'estol
sovint s'oculten al espay.
Aqueix estel és més segur:
ell no's pon may ni sumergeix,
ni may darrera un nimbe obscur

el paso de una nube.
 El cometa funesto
 huya y si alguna estrella
 por el calor de Sirio
 se inflama, derrotada
 por el fulgor de Cristo
 perezca destruida.
 Desde el rincón del mundo.
 donde el sol toma origen,
 los Magos reconocen
 el real estandarte:
 a su brillo retíranse
 las estrellas; ni Lucifer
 a comparar se atreve
 con aquel su hermosura.
 «Quien es, dicen, ese astro
 que a los otros impera,
 a quien temen los cielos,
 la luz y el aire sirven?
 Miramos algo ilustre
 que no conoce término,
 sublime, excelso, antiguo
 más que el cielo y el caos.
 Él rey es de las gentes
 y del pueblo judío,
 prometido a Abraham
 y a los suyos por siempre;
 aquel que a su unigénito
 inmolar no dudaba,
 aquel padre primero
 de los fieles, que supo
 que tantos como estrellas
 serían sus descendientes.
 De la raíz de Jessé
 se abre la flor davídica:
 su tallo florecido
 cetro es que rige el mundo.»
 Van siguiendo los Magos,
 en el cielo los ojos,
 el surco que la estrella
 de luz había dejado:
 mas quédase parada
 sobre el Niño y abájase
 y con su luz descubre
 la sagrada cabeza.
 Al ver esto los Magos
 sus regalos le ofrecen,
 postrados de rodillas,
 incienso, mirra y oro:
 «Reconoce –le dicen–
 de tu poder los signos,
 oh Niño, a quien el Padre
 esencia triple ha dado:
 Por rey y Dios te anuncian
 el oro y el incienso:
 y la mirra es presagio

obumbrat aductam facem.
 Tristis cometa intercidat,
 et si quod astrum Sirio
 fervet vapore, jam Dei
 sub luce destructum cadat.
 En Persici ex orbis sinu,
 sol unde sumit januam,
 cernunt periti interpretes
 regale vexillum Magi.
 Quod ut refulsit, caeteri
 cessere signorum globi:
 nec pulcher est ausus suam
 conferre formam Lucifer.
 «Quis iste tantus, inquiunt,
 regnator, astris imperans,
 quem sic tremunt caelestia,
 cui lux et aethra serviunt?
 Illustre quiddam cernimus,
 quod nesciat finem pati,
 sublime, celsum, interminum,
 antiquius caelo et chao.
 Hic ille rex est gentium
 populique rex judaici,
 promissus Abrahae patri
 eiusque in aevum semini.
 Aequanda nam stellis sua
 cognovit olim germina
 primus sator credentium,
 nati inmolator unici.
 Jam flos subit Davidicus,
 radice Jesse editus
 sceptrique per virgam virens
 rerum cacumen occupat.»
 Exin sequuntur perciti
 fixis in altum vultibus,
 qua stella sulcum traxerat,
 claramque signabat viam.
 Sed verticem pueri supra
 signum pependit imminens
 pronaque submissum face
 caput sacratum prodidit.
 Videre quod postquam Magi,
 eoa promunt munera
 stratique votis offerunt
 thus, myrram et aurum regium.
 «Agnosce clara insignia
 virtutis, ac regni tui,
 puer o, cui trinam Pater
 praedestinavit indolem,
 regemque deumque adnuntiant
 thesaurus et fragrans odor
 turis Sabaei, at myrreus

sa pura flama s'encobreix.
 Fugi'l cometa nunci trist;
 y tot estel qui ab la faror
 de Sirius crema, ja de Crist
 cayga vençut per l'esplendor!
 Al fons de Pèrsia, alla hont té
 el sol ixent l'august portal,
 pèrits astròlechs han vist bé
 el nou estel, penó reyal.
 Tantost brillà marvellós,
 els demás astres va enfosquir:
 ni l'estel d'auga tan formós
 ab ell gosava competir.
 Y'ls Sabis deyen: «¿Qui es aqueix
 Rey sobre'ls astres imperant,
 qu'així'l proclama'l cel mateix
 y'l serveix l'èter tremolant?»
 «Quelcom esplèndit y diví
 hem vist en l'astre d'Israel,
 sublim, excels y sense fi,
 més vell que'l caos y que'l cel».
 «De tots els pobles el Rey és,
 Rey dels hebreus anunciat,
 qui a N'Abraham ja fou promès
 y a sa fidel posteritat».
 «Car el gran Pare dels creyents.
 inmolador del fill volgut,
 ja conegué sos descendents
 com els estels en multitud...»
 «La flor ja munta de David
 que de Jessé la rel brostà,
 y's torna ceptre'l tany florit
 qui l'univers dominarà».
 Diuen; y enllà, mirant al cel,
 els Reys segueixen ab frissor
 vers hont l'estel ab solch fidel
 camí senyava de claror...
 Damunt l'estatge del Infant
 s'és aturat l'estel per fi,
 y'l raig submís tot abaixant,
 els assenyala'l cap diví.
 L'han vist els Reys; y un triple do
 trayent de pompa oriental,
 postrats, ofrenen al Nadó
 encens y mirra y or reyal.
 ¡Ah! reconeix el signe extern
 de ton poder y honor diví,
 Infant, al qual el Pare Etern
 ha senyalat triple destí.
 Qu'ets rey declara l'or costós,
 l'encens fragant te mostra Déu,
 y de la mirra'l gra amargós

del sepulcro, en que un día
Dios dejando extinguirse
su cuerpo, de la muerte
quebrantará la cárcel,
tornándolo a la vida.
Oh mayor que ninguna
de las grandes ciudades,
tu, Belén, que encarnado
engendraste al caudillo
de la vida; heredero
del Padre, Dios y hombre
por obra del Espíritu
Santo, a quien los Profetas
testifican que el Padre
mandó regir el reino
que abraza lo creado,
el cielo, el mar, la tierra,
del oriente al ocaso
y el infierno y la gloria.
Oye el tirano inquieto
que viene un rey de reyes
a regir a Israel
y de David el trono;
y fuera de sí exclama:
«Un sucesor nos echa:
id soldados, las cunas
anegadlas en sangre.
Todo varón perezca
y que su sangre tiña.
la espada entre los pechos
de sus madres, que deben
ser todas vigiladas,
para que no substraigan
su masculina prole».
y el verdugo atraviesa
cuerpos recién nacidos
con su espada, buscando
vidas nuevas: a penas
si en tan menudos miembros
halla do herir, que el arma
es más grande que el cuello
del inocente. ¡Oh bárbaro
espectáculo! Contra
las rocas estrellados
se esparcen sus cerebros
y vomitan los ojos por la herida:
o palpitantes húndenlos
en agua y de sus bocas
la vida escapa lenta.
¡Os salve Dios,
primicias de los primeros mártires.
De la vida en el alba
os llevó el enemigo
de Cristo, como a flores

pulvis sepulcrum praedocet.
Hoc est sepulcrum, quo deus,
dum corpus extingui sinit
atque id sepultum suscitatur,
mortis refregit carcerem.
O sola magnarum urbium
major Bethlem: cui contigit
ducem salutis coelitus
incorporatum gignere!
Altrice te, summo Patri
haeres creatur unicus
homo ex Tonantis Spiritu
idemque sub membris Deus.
Hunc et prophetis testibus,
iisdemque signatoribus
testator et sator jubet
adire regnum et cernere.
Regnum, quod ambit omnia,
dia et marina et terrea,
a solis ortu ad exitum,
et tartara et coelum supra.
Audit tyrannus anxius,
adesse regnum principem:
Qui nomen Israel regat,
teneatque David regiam.
Exclamat ament nuntio:
«Successor instat, pellimur:
satelles, i, ferrum rape,
perfunde cunas sanguine.
Mas omnis infans occidat,
scrutare nutricum sinus,
interque materna ubera
ensem cruentet pusio.
Suspecta per Bethlem mihi
puerperarum est omnium
Fraus, nequa furtim subtrahat
prolem virilis indolis.
Transfigit ergo carnifex,
mucrone districto furens,
effusa nuper corpora
animasque rimatur novas.
Locum minutis artubus
Vix interemptor invenit,
Quo plaga descendat patens
Jugoloque major pugio est.
O barbarum spectaculum!
Illisa cervix cautibus
spargit cerebrum lacteum,
oculosque per vulnus vomit.
Aut in profundum palpitans
mersatur infans gurgitem,
cui subter arctis faucibus
singultat unda, et halitus.
Salvete, flores martyrum,
quos lucis ipso in limine
Christi insecutor sustulit,

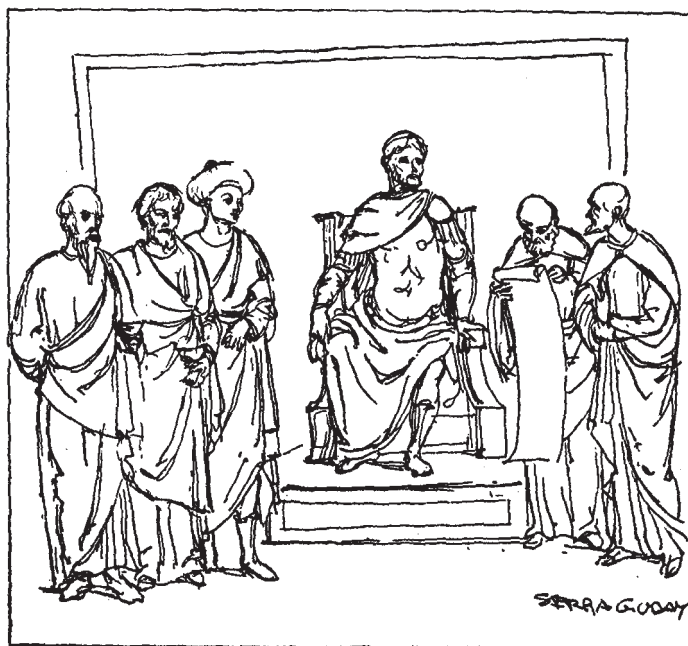
prediu la tomba pel cos teu.
Car al sepulcre deixarà
que son cos posin el Déu fort,
y del mateix resurgirà
rompent els vincles de la mort.
Oh breu Bethlem, prou ets major
que les grans urbs, essente dat
qu'en tu nasqués el Salvador
per obra cèlica encarnat!
Tu l'Hereu Únich has nodrit
qui es fill del Pare sobirà,
ver home fet del Esperit
diví, y ver Déu en cos humà.
Per testimonis al futur
els sants profetes l'han signat,
y'l Pare ordena que, home obscur,
al regne en glòria sia alçat,
Regne qu'inclou tot lo existent:
l'espai, la mar, la terra, el món,
des de llevant fins a ponent,
del cel empir fins al pregon.
Sent ab alarma'l rey crudel
qu'un Rey de reys ara és eixit,
qui ha de regnar sobre Israel
tenint el soli de David...
Foll al anunci, exclama ell:
«Ve'l successor; seré expulsat...
Sicari, vés, pren el coltell;
tot bres en sanch sia regat!»
«Tot infant mascle ha de morir;
registra'ls pits criant nadó,
y entr'ells, no dubtis en tenyir
l'espasa en sanch del infantó».
«Cada partera de Bethlem
m'és sospitosa d'un engany:
Qu'ocult sustrega no ceixem
cap infant mascle per mon dany.
Llavors botxins de vil ferum
el ferro empunyen, traspasant
cossets ha poch donats a llum
y vides noves arrancant.
Apenes troba'l matador
pels menuts membres delicats
lloch hont fer presa, y és major
l'arma que'l coll dels degollats.
¡Oh l'espectacle barbre aquell!...
Algun capet, contra'ls esculls
tirat, escampa'l blanch cervell
y per son trench vomita'ls ulls.
O palpitant qualche nadó
precipitat dins un gorch ple,
alla, ab estreta opressió,
singlota en l'aygua'l breu halè.
¡Oh flors del màrtirs que'l tirà,
ja de vostra auba en els moments,
per odi a Crist exterminà,

que se abren, un viento de tormenta: vosotros su víctima primera, grey tierna de inmolados, ante el ara inocentes con las palmas jugáis y las coronas.

De qué sirvió este crimen a Herodes? Cristo sólo salvado fue entre tantos que, de su mismo tiempo, la muerte recibieron. Al hierro que a las madres privaba de sus hijos el fruto de una virgen pudo engañar. Ya antes del Faraón las órdenes Moisés burló, que era de Cristo prefigura y guía de los suyos. No podían las madres conservar a sus hijos, que nacieran varones: así estaba ordenado. Mas la piedad enérgica de aquella que alumbraba, firme contra el tirano, protege a aquel infante, poderosa esperanza de gloria, que la ley de Dios transmitiría, fija en las pétreas tablas, hecho levita suyo. Reconocer a Cristo de Moisés en la imagen

ceu turbo nascentes rosas vos, prima Christi victima, grex immolatorum tener, aram ante ipsam simplices palma, et coronis luditis. Quid proficit tantum nefas? Quid crimen Herodem juvat? Unus tot inter funera impune Christus tollitur, inter coevi sanguinis fluenta solus integer: ferrum, quod orbabat nurus, partus fefellit virginis. Sic stulta Pharaonis mali edicta quondam fugerat, Christi figuram praeferens Moses, receptor civium. Cautum, et statutum jus erat, quo non liceret matribus, cum ponclus alvi absolvent, puerile pignus tollere. Mens obstetricis sedulae, pie in tyrannum contumax, ad spem potentis gloriae furata servat parvulum. Quem mox sacerdotem sibi assumpsit orbis conditor, per quem notatam saxeis legem tabellis traderet. Licetne Christum noscere tanti per exemplum viri?

com sega'l torb roses naixents! Primeres víctimes del Fill, chor d'inmolats tendre y suau, sots l'ara excelsa en joch senzill palma y corones agitau... ¿De què aprofita horror tan fort? ¿Que'n treu Herodes de tal crim? Unich, en mig de tanta mort, escapa il·ès l'Infant sublim Entre'ls corrents de tanta sanch igualment tendre, sols el Fruyt de Verge en flor burla l'alfanch qu'en tantes mares feya buyt. Així Moisés, llibertador dels seus, el Crist prefigurant, s'era sustret a Faraó, ses ordres bàrbares burlant. Vigent estava lley crudel, qu'en infantar no fos llegut entre les dones d'Israel servir en vida cap menut. Una comare diligent ab maternal rebelió, per un destí sobreminent, servà robat aquell nadó. Y aquell tot just fou l'escollit de Déu mateix a son servey, per entregarli, en pedra escrit, el sant Decàlech de la Lley. ¿No serà Crist reconegut en tal varó qui imatge'n fou?



¿será posible? Muerto
el Faraón, a Israel
aquel del yugo arranca:
éste, en cambio, a nosotros,
del grave error esclavos,
nos libra de la muerte,
venciendo al Enemigo.
Salvado de las olas
en el marino tránsito
su pueblo purifica
Moisés en dulces aguas,
a quien de fuego guía
una columna; él mismo,
mientras su pueblo lucha,
extendidos los brazos
como una cruz, a Amalech
derrota. Mas fue Cristo
SALVADOR verdadero
que tras largos peligros
vencedor dio a su pueblo
la tierra prometida.
En el lecho del río
colocar Josué ordena
doce piedras, origen
de los doce apóstoles.
y por eso los Magos
aseguran que vieron
de Israel al caudillo:
pues fijaron las gestas
de los primeros jefes
de Cristo la figura,
rey de los primitivos
jueces que gobernaron
de Jacob el linaje,
de la Iglesia y del culto
antiguo y nuevo rey.
De Ephraim los hijos
tributan culto a Cristo,
las doce tribus y la
santa Manasse. Incluso
la estirpe, que practica
un falso culto y forja
en hornos abrasados
los ídolos, adórale,
y abandonando aquellos
que de metal hiciera,
de leño o piedra, a Cristo
sigue: por eso todos
oh pueblos! alegraos
Judea, Roma, Grecia,
Egipto, Persia, Tracia,
que un rey solo os gobierna:
alabadle que nadie
feliz o desgraciado,
enfermo, vivo o muerto,
ya desde ahora muere!

Dux ille, caeso Aegyptio,
absolvit Israel jugo.
At nos, subactos jugiter
erroris imperio gravi,
clux noster, hoste saucio,
mortis tenebris liberat.
Hic expiatam fluctibus
plebem marino in transitu
reputat undis dulcibus,
lucis columnam prae ferens.
Hic praeliante exercitu,
pansis in altum brachiis,
sublimis Amalech premit,
crucis quod instar tunc fuit.
Hic nempe Jesus verior,
qui longa post dispendia
victor suis tribulibus
promissa solvit jugera:
Qui ter quaternas denique
refluentis amnis alveo
fundavit, et fixit petras,
Apostolorum stemmata.
Jure ergo se Judae ducem,
vidisse, testantur magi,
cum facta priscorum ducum,
Christi figuram pinxerint.
Hic rex priorum judicum,
rexere qui Jacob genus,
doimnae que rex Ecclesiae,
templi et novelli, et pristini.
Hunc posterum Ephraim colunt,
hunc sancta Manasse domus,
omnesque suscipiunt tribus,
bis sena fratrum semina.
Quin et propago degener,
ritum secuta inconditum,
quaecunque dirum fervidis
Baal caminis coxerat:
Fumosa avorum numina.
Saxum, metallum, stipitem,
rasum, dolatum, sectile,
in Christi honorem deserit.
Gaudete, quidquid gentium est,
Judaea, Roma et Graecia,
Aegypte, Thrax, Persa, Scythia:
Rex unus omne possidet.
Laudate vestrum principem,
omnes, beati ac perditum,
vivi, imbecilli ac mortui:
Jam nemo posthac mortuus.

Moisés, l'Egipci havent retut,
tot Israel lliurà del jou.
Així a nosaltres, subjugats
del greu error, nostre Duch fort,
vençut l'infern, ens ha salvats
de les tenebres de la mort.
Moisés son poble conduhí
per el Mar Roig a salvament,
y ab aygua dolça'l favorí,
com el guià ab columna ardent.
Y mentre l'host après lluytà,
ell, braços alts, orant arreu,
sobre Amalech triomf li da
fent ja així signe de la Creu.
Nostre Jesús, més *Salvador*
que Josuè, en penós camí,
dóna a sos pobles, vencedor,
les heretats que'ls adquirí.
Ell, com l'antich fill de Navé,
de dins el llit del riu Jordà
les dotze pedres ne tragué
dels dotze Apòstols qu'exalçà.
Donchs els tres Reys tenen rahó
que de Judà l'Hereu han vist,
essent que'ls proms d'eixa avió,
foren figures ja de Crist.
Ell és l'Hereu dels qui la gent
de vell Jacob han governat,
Rey de l'Església permanent,
del temple nou y del passat.
Néts d'Efraim li fan tribut,
com Manassés casal fidel,
y en tota tribu l'han rebut
fills d'aquells dotze d'Israel.
Fins la niçaga decadent
qui, dada a un rite criminal,
solia coure al forn ardent
la fera idola de Baal,
desdenya ja en honor del Just
els déus fumats de l'avior,
fets de metall, de pedra o fust
per mans ab eynes d'esculptor.
¡Gaudiu, oh gents, quantes n'hi ha!
hebreus, romans y grechs arreu,
egipci, traci, escit, persà...
tots a un sol Rey ja pertanyeu.
Al vostre Rey llohaulo junts,
en la ventura o la dissort,
sans y malalts, vius y difunts:
tenint el Crist, ningú hi ha mort!



«El tratado de la confianza en la misericordia de Dios», de Mons. Languet

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

JUAN José Languet de Villeneuve de Gergy nacido en 1677 de familia de la pequeña nobleza borgoñona, por su talento y esmerada educación a los 24 años era ya investido doctor por la Sorbona, permitiéndose polemizar con Leibniz sobre las relaciones entre el alma y el cuerpo. Su madre era prima del ilustre Jaime Benigno Bossuet, obispo de Meaux, a quien Luis XIV designaría preceptor del Delfín y consejero en todos sus Consejos, como premio por haber conseguido de la servil Asamblea del Clero galicano de 1682 que aceptase la supremacía en Francia del poder del rey sobre el poder espiritual del Papa. El encumbrado Bossuet introdujo en los salones de la corte a su joven pariente, recién ordenado sacerdote, haciendo que en 1702 lo nombraran limosnero de la esposa del Delfín, y en 1709, vicario general del obispado de Autun. Cuando en 1715 el rey le preconizó para obispo de Soissons, Juan José Languet era ya escritor de reconocido prestigio en los ambientes literarios, y su libro *Del verdadero espíritu de la Iglesia en sus ceremonias*, había sido elogiado por la crítica, por lo que, al producirse en 1721 una vacante de las reservadas a los prelados en la Academia Francesa, fue designado miembro de número.

Pero, pese a este ambiente cortesano en que se movía, la Providencia le tenía destinado para sus proyectos. La devoción al Corazón de Jesús la había recibido de su madre, que contribuyó con largueza a la erección de su primera capilla pública en la Visitación de su ciudad de Dijon, siendo una de las primeras inscritas en la cofradía erigida en su monasterio. Ya vimos como, siendo vicario general de Autun, fue enviado a Paray a instruir proceso canónico sobre una curación atribuida a la hermana Margarita María, y luego a incoar otro sobre su vida y milagros, y cómo, tocado por las revelaciones del amor misericordioso del Corazón de Jesús que le marcarían con su sello, prometió escribir la vida de su mensajera. Sus biógrafos, minimizando este decisivo acontecimiento, se sorprenden de que durante los primeros años fuera ajeno a las polémicas jansenistas, y sólo a partir de 1718 se convirtiera en el más activo de los adversarios de

una herejía «enemiga del amor de Dios y de la piedad» contra la que, como ya vimos, no cesaría de batallar, rebatiendo sus errores y dando a conocer a sus contemporáneos cómo «Jesús mostró su Corazón».

Los quesnelistas captan a sus adeptos entre los cristianos exigentes

Vio monseñor Languet que los temas de que se valían los jansenistas para atraer a su herejía a cristianos exigentes, eran: el respeto ante la majestad de Dios, el miedo por el rigor de su justicia, y la restrictiva interpretación sobre el número de los que se salvan. Para refutarlos escribió monseñor Languet en 1715 su libro *Tratado de la confianza en la misericordia de Dios*. Su amigo el padre Galliffet, que preparaba en Roma la aprobación de la Fiesta del Corazón de Jesús, presentó el libro de Languet al general de la Compañía padre Tamburini, quien no sólo lo aprobó, sino que le encareció su difusión. Así, en 16 de febrero de 1725 el padre Francisco Grande, provincial de la provincia de Toledo, escribía: «Por particular comisión que para ello tengo de nuestro M.R.P. General, doy licencia para que se imprima el libro intitulado “Tratado de la confianza en la misericordia de Dios”, escrito en lengua francesa por el Ilmo. Sr. D. Juan Joseph Languet, obispo de Soissons, y ahora traducido en lengua castellana por el P. Andrés de Honrubia». La edición que utilizamos es la segunda, de 1766, autorizada a la imprenta de Ángela Martí de la plaza de San Jaime de Barcelona.

Viene ésta precedida por una breve «Noticia del autor» en la que se lee: «El Ilmo. Sr. D. Juan Joseph Languet es Prelado dignísimo y celebrado en toda Francia y en las provincias de Flandes por sus prodigiosos escritos contra los herejes Jansenistas y Quesnelistas que tan corrompida tienen la fe en esos países. Ha dado a luz a sapientísimos escritos, riquísimos de erudición de Santos Padres y Concilios, con gran claridad y eficacia en sus razones y argumentos, con gran zelo de la Religión, y que ha merecido el reconocimiento de los verdaderamente

católicos, a los que ha alumbrado para que vean el precipicio y no se despeñen a su perdición. Este varón ha sido puesto por Dios en estos tiempos y países cual gigante para escudo de la fe y confusión de los pérfidos discípulos del impío heresiarca Quesnel».

Monseñor Languet, pensando en tantos seducidos por la doctrina jansenista, comienza su libro exponiendo los fundamentos de la confianza que debemos tener en la misericordia de Dios, y dice: «Hay almas que, habiendo desarraigado de su corazón toda afección del mundo, y por más que empleen los días y las noches en oración y práctica de las virtudes, temen tanto faltar a sus obligaciones, que caen miserablemente en escrúpulos frecuentes. La misericordia de Dios no les da ningún consuelo, porque, sobrecogido su corazón de la idea que formaron de su justicia, viven siempre atemorizados de los últimos juicios de Dios, y ocupada su imaginación en pensar que un Dios Juez, un Dios severo, un Dios de venganzas, es infinitamente terrible, no dan en ella lugar al pensamiento de que un Dios Hombre, un Dios Niño, un Dios Salvador, un Dios Esposo dulcísimo de las almas, es infinitamente amable... y por ello tienen una lastimosa desconfianza en su amorosísima piedad.

«Dios, que es más verdaderamente padre que los padres naturales, quiere que correspondamos a su infinito amor con la confianza.»

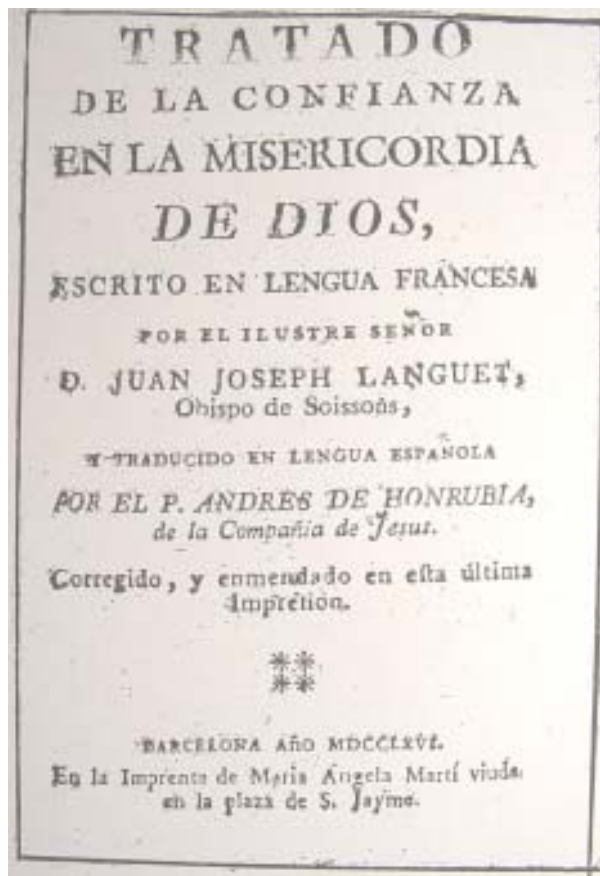
ESTAS almas virtuosas no contrapesan estos dos divinos atributos de Justicia y Misericordia según las reglas de la prudencia cristiana, bien al contrario de lo que nos enseñó David (salmo 100) cuando, cantando igualmente las alabanzas de uno y otro, de la consideración del uno concebía aquel santo temor que es el principio de la sabiduría; y del otro bebía la confianza que establecía y confirmaba en el bien a su corazón... Ignoran en qué consiste y en qué se funda la esperanza cristiana, y el fruto de esta divina virtud, que es la confianza en la divina piedad, que llena de consuelo al alma... y la ternura del corazón hacia Dios no es menos ignorada».

Sigue exponiendo Languet cuán sólida es esta confianza, pues está fundada en el poder de Dios, en su verdad, y en una bondad y misericordia incomprensibles, que no se dejan vencer por la multitud ni la enormidad de nuestras maldades: «Dice san Pablo: “yo sé muy bien quien es este Señor en quien me fío; conozco su bondad, su fidelidad y su misericordia, y por eso estoy muy seguro de que no seré defraudado en mi esperanza”. Esta esperanza es

aquel espíritu de adopción de que nos habla, y que nos enseña a que no temblemos ante el Señor como esclavos, sino a que le amemos como hijos, llamándole a boca llena “Padre”, del que esperemos en santa paz el pan de sus misericordias que su ternura nos tiene preparado». Pasa después Languet a diferenciar el temor bueno y saludable, principio de la sabiduría, que es como la base del edificio espiritual, del temor servil que no participa de sentimiento filial, y que causa grandes peligros al alma: «El hombre –dice san Bernardo– no puede vivir en este mundo sin algún género de consuelo, y es dificultoso que no suelte la carga y sujeción en que le puso la virtud si no es ayudado y mantenido con alguna dulzura que perciba en ella. Aquellos que se mueven sólo por temor y que tienen un corazón amedrentado en demasía, que no conocen la dulzura de esperar en Dios como en amoroso Padre, ¡Ay, Dios, cuán duro y pesado se les hace todo, porque este estado es para sus pocas fuerzas un peso insoportable!».

«¡Un Dios que gime y que se queja de que no le amemos!»

ESTA tristeza de las almas consagradas a Dios es injuriosa a su Majestad, que quiere que sus hijos le sirvan con un corazón alegre y agradecido... pues no parece que haya nada tan desagradable para un Padre que ama a sus hijos con ternura, como verlos en su presencia siempre llenos de tristeza, serios, silenciosos y desconfiados de su cariño, y que sólo corresponden a sus favores y caricias con temores y sobresaltos de su indignación y de su ira. Dios, que es más verdaderamente Padre que los padres naturales, ¿no querrá que correspondamos a su infinito amor con una alegre y amorosa confianza en él? Y añade un pensamiento como venido de Paray-le-Monial: «¡Cuánto consuelo tengo cuando leo en los santos libros la dulzura con que Dios nos pide nuestro amor, y que, como para merecerlo, él nos ofrece primero el suyo! ¡Cuán digno es de nuestro amor un Dios que gime y que se queja de que no le amemos; Que Dios ame a los hombres pecadores, que los sufra, que los acaricie, que los llene de beneficios y sean objeto de su compasión y de su ternura, eso sólo puede hacerlo un Dios, y nosotros, sus criaturas no lo podemos comprender... ¡Feliz el hombre que tiene un Dios de tanta misericordia para con él, y tanta razón para fiarse de sus palabras; y aun es todavía más feliz porque este mismo Señor le pida su confianza, y se la mande, y se dé por ofendido, no solo si se la niega, sino si duda siquiera de ponerla en él, o si le imagina límites, o le da términos estrechos!».



Venid a mí –dice– y venid «todos»

MONSEÑOR Languet pasa a rebatir la doctrina jansenista de que Dios sólo ama y ha venido a salvar a los justos, y de que Jesucristo no ha muerto por todos los hombres: «El Señor de misericordias ama tanto a nuestras almas que no quiere que se le pierda ni una sola. Venid a mí, dice, y venid todos. Este llamamiento es general. No llama sólo a los santos y a los perfectos, llama a todos sin exceptuar a nadie; no dejará de recibir a aquellos que están oprimidos por el peso de sus impiedades, ni a los que tantas cadenas tienen que romper, ni a los que están en continua batalla de inmundísimas tentaciones, ni a los que gimen bajo el peso de los negocios del mundo... ninguno de estos será indigno de comparecer delante de un Dios tan santo y tan bueno. Es más, es a esos a los que especialmente llama y convida, porque los quiere recibir, socorrer y consolar. Venid a mí, dice, todos los que trabajáis y estáis fatigados, que en mí hallaréis el socorro que necesitáis. Sí, nadie recele de ser mal recibido por ser indigno de comparecer en su presencia. Váyase a él con confianza, porque es tanta su bondad, que tiene por gloria suya el recibir amoroso aun al más inmundo e indigno. Por eso aquel que aún vacila si se meterá entre sus brazos con confianza, aquel que recela llegarse a él porque teme mucho y espera poco en sus promesas, injuria

al Señor que ha puesto tanto cuidado en alentar nuestra confianza... y es ofensa a la misericordia de Dios, siendo infinita, ponerle límites, pues consiste su gloria y su grandeza en exceder en infinito a todas las iniquidades de la tierra. Esta confianza, que es gloriosa para Dios, derrama en nosotros tal gozo y júbilo de espíritu, que es el consuelo mayor que podemos tener, mientras llega el consumado con la posesión y vista de Dios».

«De un juez que interesa también su propia gloria en una sentencia propicia hemos de esperar el juicio más favorable.»

ANTE el nimio temor de almas timoratas por la severidad de los juicios de Dios y los rigores de su justicia, dice Languet que aunque todos los atributos de este Dios de bondad son del mismo modo infinitos, respecto de nosotros, su misericordia es más amable que terrible su justicia, y así el haber puesto el Padre Eterno nuestro juicio en manos de su Hijo hecho hombre, ha sido por favorecernos más: «En verdad Dios es nuestro juez, pero ese mismo juez es también nuestro Padre, nuestro esposo, nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro abogado y nuestro salvador. Contrapese el alma esta sola calidad de justo, que tanto hace temblar, con tantas otras por las que le debemos querer y nos obligan a esperar. ¡Señor, cuantas calidades tenéis para mi consuelo, por una calidad sola que tenéis para desconolar a quien no quiera salir de sus pecados!».

«¿Por qué –se pregunta san Juan Crisóstomo– pediría el profeta David que, como despojándose de esa autoridad el Eterno Padre, pusiese en manos de su Hijo el ser juez de los mortales? y ¿por qué Dios, en efecto, hizo lo que el profeta le pedía, dando a Jesucristo su Hijo, esta autoridad? ¿Sería porque el juicio de los hombres no lo haría con tanta justicia el Padre como el Hijo? No por cierto, igualmente justo sería, dice el santo, si se lo hubiera reservado el Padre para sí, pero sería más terrible y formidable. El santo da la razón: que un Dios todo espíritu, todo santo, todo impasible, todo poderoso, fuese juez de unos pobres hombres sujetos a tantas pasiones como lleva el estar en una carne tan viciada, de unos hombres que son de polvo y tierra, y por ello débiles, flacos e inconstantes, de lo cual les viene estar llenos de pecados, ¡ay Dios! parece que no habrían de esperar sino castigos. Pero siendo juzgados por un Dios hecho hombre como ellos, que ha experimentado en sí sus miserias, que ha tomado a su cuenta y sobre sí sus pecados, que se ha hecho hermano suyo, amigo suyo y su Salvador; en vez que del juicio del Eterno Padre hubiera mucho que te-



mer y mucho menos de indulgencia que esperar, del juicio de su Hijo hecho hombre, hay mucho más de esperar que de lo que se debe temer; y más si, para suplir la falta de méritos que tenemos, el mismo Jesucristo nos da parte de los suyos, y cubre con ellos nuestra miseria, concediéndonos el derecho de pedir a Dios su Padre, con una especie de justicia, por el precio de su Sangre, la misericordia que necesitamos».

**«¿Queréis ser del número de los elegidos?
Pues tened esa confianza de serlo,
y yo os aseguro que lo seréis.»**

Viendo monseñor Languet que aunque no se desconfíe de la misericordia de Dios, sabiendo que es más superabundante que todos nuestros pecados, por enormes que sean, en las almas pusilánimes queda un último motivo de temor, y es lo que se enseña del corto número de los predestinados, se pregunta: a la vista de la multitud de mis pecados pasados y de mis actuales ingraticudes a Dios ¿cómo puedo confiar que seré

del número de elegidos, y no del de los que Dios reprueba?

«Dice el Concilio de Trento (ses. 6, cap. 9, can.16) que no puede haber en este mundo sin especial revelación seguridad cierta e infalible de la propia predestinación, pero, sin contradecir esta verdad, me atrevo a decir a estas almas, que Dios, misericordioso con todos, las ama a ellas con especial amor, y las conduce a la conversión y a la perseverancia final por caminos los más seguros... La confianza en Dios es el mejor medio de asegurar la predestinación, pues es señal certísima de nuestra salvación, y la que nos abre de par en par las puertas del cielo. ¿Queréis ser del número de los elegidos? Pues tened esa confianza de serlo, y yo os aseguro que lo seréis. ¿Cómo así? Dios nos ha empeñado en ello su palabra, y ésta jamás podrá faltar: “Ninguno ha esperado en mí que haya sido confundido en su esperanza” (Eccl 2); y David, hablando con Dios: (salmo 24): “Señor, todos los que esperan de Vos los bienes que les tenéis prometidos, nunca se hallarán confundidos”; y en el salmo 16, dice que Dios salva a todos los que confían en él. Con esta santa seguridad que David tiene de la fidelidad indefectible de

Dios, transportado de de gozo y alegría, pudo exclamar a voz en grito: “Señor, he elevado a Vos mi alma y mi corazón, Vos sois mi Dios, y estoy cierto de que no saldrá vana mi esperanza”».

»¿Cómo podrá Dios resistir hacer el beneficio que se le está pidiendo, a quien sintiendo bien de su bondad, pone en él toda su confianza? Dios, celoso de su honra y gloria, quiere que sus hijos, en lugar de estar inquietos por su paga o predestinación, digan con el Profeta (salmo 22): “Dios que es bueno, tendrá cuidado de mí, no permitirá que me falte nada, y me pondrá en el lugar de hartura y abundancia”. ¿Permitirá que estos sus hijos sean engañados en su confianza, o que habiendo hecho su cuenta sobre sus promesas, éstas hayan salido vanas? Con confiar vivamente de alcanzar de Dios nuestra bienaventuranza la aseguramos, pues va en su gloria y en crédito de su palabra el que no seremos engañados. Con este medio tan fácil y eficaz que está en nuestras manos, ¿quién será quien no ponga en Dios su confianza, haciendo de su parte lo que debe, y quede prudentemente persuadido que será del número de los escogidos?»

«Los pobres, los desdichados según el mundo, son como por fuerza obligados a entrar en el número de los escogidos...»

PERO el temor está en que dicen que el número de estos escogidos es corto, aunque lo que Jesús nos dice en la parábola del banquete es que a muchos los llama, aunque no a todos los escoge, y que los puestos vacíos los cubre haciendo entrar a pobres y miserables. Monseñor Languet la explica así: «No hay duda que Dios llama a todos los hombres para sí. La Sabiduría —dice la Escritura—, levantó en las plazas públicas su voz, y convidó a venir a ella a todo el mundo sin exceptuar a nadie. Aquel padre de familias convidó a las bodas de su hijo a todos sus vecinos, pero todos tuvieron excusa que alegar para no ir al festín. Irritado del desprecio que se hacía de un bien tan grande para el que tan liberalmente los llamaba, los abandonó a sus ocupaciones y a sus deleites mundanos, y pasó aquel bien a los pobres, a los enfermos, a los miserables, despreciados de todo el mundo. Estos fueron los que entraron (Lc 14.21-23). Mas, ¿cómo entraron? Como que los violentaron para ello, como por fuerza los metieron. ¿Qué fuerza es ésta de la que habla figurativamente la parábola? Esta es la que las aflicciones nos inducen para desenlazar el alma del mundo que ama, y que le obligan a abandonarlo, aunque no quiera, y darse por obligada a las invitaciones de Dios. Para hacer la aplicación de la parábola, el mismo Dios, que la hizo, le puso aquella tan temerosa

conclusión: «son muchos los llamados y pocos los escogidos». Si queréis saber quieénes son los unos y los otros, los dichosos de este siglo son llamados, mas no frecuentemente escogidos; pero los pobres, los infelices, los desdichados según el mundo, son como por fuerza obligados a entrar en el número de los escogidos.»

«Dios se sirve de dos medios diferentes para llevarnos a él: a unos los convida con dulces atractivos de inspiraciones interiores por los que aficiona sus corazones, y así vienen a su Majestad atraídos por sus dulzuras; pero hay otros a los que hace venir como obligados, como arrastrando, como encadenados, como por violencia. Esta violencia no cae sobre la voluntad, que la voluntad siempre es libre y la gracia no la violenta, sino cae sobre aquello que la detiene, sobre los objetos a que está apegada, que violentamente Dios se los quita, para obligarla a que no tenga quien la detenga o impida... A éstos, Dios, con sus aflicciones y trabajos, les quiebra las cadenas con que se habían atado al mundo. Este es el modo de violencia que hace a nuestra voluntad para que queramos entrar en aquel convite, y es una vocación que he llamado eficaz porque casi siempre se junta con el efecto, pues estas aflicciones labran en nosotros la imagen de Jesucristo, y son señal manifiesta de predestinación.»

«Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su Corazón es la falta de confianza.»
(santa Teresa del Niño Jesús)

CON la cita del profeta David, salmo 22: «El Señor es quien me rige y gobierna; por eso estoy muy seguro de que nada me faltará», termina monseñor Languet su *Tratado de la confianza en la misericordia de Dios*, en que se evocan los ecos de Margarita María y Claudio la Colombière recibidos en Paray, ecos que, dos siglos después Teresa del Niño Jesús entonaría ya a plena voz y divulgaría a los cuatro vientos: «Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su Corazón es la falta de confianza» (carta 71); «Lo que agrada a Dios es ver la esperanza ciega que tengo en su misericordia... el temor no conduce a la justicia; la confianza, y nada más que la confianza es la que debe conducirnos al amor» (carta 176).

En aquellos tiempos de rigorismo este tratado supuso una cierta rareza, pero pasó desapercibido como uno más de los libros piadosos, sin más crítica que las de los quesnelistas. La feroz polémica contra Languet y su obra iba a desatarse años más tarde con la publicación de su *Vida de la hermana Margarita María de Alacoque*. De ella trataremos en el próximo artículo.

Felicitación de don Rafael Palmero, obispo de Palencia, a «Cristiandad»

Nos honramos en reproducir las palabras de don Rafael Palmero Ramos, obispo de Palencia, a propósito de nuestro último número monográfico, dedicado a la Inmaculada Concepción, con motivo del 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada. Este número fue elaborado principalmente por nuestros amigos de Madrid, pertenecientes a la asociación «Familias de Nazaret».

Agradecemos a don Rafael Palmero sus ánimos para seguir adelante con nuestra publicación, a la vez que también queremos dar a conocer la publicación de la que es autor, sobre María Inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra.



16.1.2005

Querido Director: Me dice el homenaje que la revista *Cristiandad* ha ofrecido a la Inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra, con mi carta pastoral, que ha veerdado el CLAUDE, para obsequiar a todos los comunidades españolas de vida contemplativa.

Y es un honor a seguir adelante con la publicación. Después de buenos años, en los años en que fui profesor, con D. Marcos, en el Seminario Mayor de Toledo.

Después año 2005, con abundantes bendiciones de Dios para todos. Dichosamente y en unión de oraciones, + Rafael

¿Existe un Estado laico no laicista?

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

RECORDEMOS antes de entrar en la consideración que es materia de este artículo que, en todos los países que mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede, las relaciones entre ambas sociedades, la sociedad religiosa católica representada por la Iglesia jerárquica y la sociedad civil representada por el Estado —en sus múltiples administraciones—, se rigen por acuerdos mutuos que reciben el nombre de concordatos. En España se ha establecido, después de la transición política y la actual Constitución, nuevos pactos en 1979 que han variado sustancialmente el anterior Concordato. En ellos la Iglesia ha cedido muchas prerrogativas a cambio de nada. Pero esta nueva situación no parece ser suficiente para los distintos Gobiernos, particularmente el actual. En múltiples ocasiones y en determinadas decisiones gubernamentales que afectan a cuestiones graves, principalmente en materia de educación, se han cometido recientemente en España abusos por parte del Estado en la correcta aplicación del Concordato vigente.

En esta situación de tensión, en algunos ambientes de medios católicos españoles, se ha empezado a usar un nuevo lenguaje en torno a la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, más allá de la simple memoria de los contenidos concretos de los acuerdos Iglesia-Estado. Algunos católicos creen que se ha de hacer un nuevo planteamiento de estas relaciones y que se ha de saber decir, en el lenguaje moderno, el célebre «dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22, 21). Y es en este contexto donde aparece el nuevo lenguaje, que recientemente hemos escuchado, y que redefine términos antiguos y les da una peculiar significación. Pero los que basan sus argumentos sólo en este texto deben, por lo menos, interpretarlo como lo ha hecho la Iglesia en el último Concilio cuando ha enseñado: «[Cristo]... Reconoció al poder civil y sus derechos, mandando pagar el tributo al César, pero avisó claramente que deben respetarse los derechos superiores de Dios».¹ No hay, pues, entre ambos poderes, meramente un reparto de ámbitos totalmente independientes y soberanos. Los derechos de Dios son «superiores» a los derechos del Estado.

La terminología que ahora se ha usado quiere distinguir entre «laico» y «laicista» de modo que, sin

definir ambos términos, se emplean en el sentido de ser aceptable que el Estado sea laico, aunque no tiene derecho a ser laicista.

Al concederle al Estado su «derecho» a ser laico se piensa definir el ámbito propio de su misión, esto es, el ámbito de lo político. Mientras que la negación de una actitud laicista viene a ser la afirmación de sus justos límites cuando las decisiones políticas se interfieren con la religión. El Estado laico sería algo así como un Estado que no se inmiscuye —ni a favor ni en contra— en asuntos religiosos. Un Estado laicista, en cambio, sería aquel que usaría su poder político para zaherir a la religión.

La insinuada aceptación por la Iglesia de un Estado laico —se cree— implicaría un terreno común en el que se desenvolvería la vida social de los ciudadanos —como se dice— más allá de toda «opción» religiosa, y que sería el marco de entendimiento entre creyentes y no creyentes, que no sólo no debería molestar a nadie sino que debería ser considerado como un ideal en la relación entre la Iglesia y el Estado. He aquí el ideal que ahora algunos preconizan como la solución simple y definitiva de una tan antigua cuestión, siempre llena de enfrentamientos, desde la aparición del liberalismo en el siglo XIX.

Pero las palabras tienen su propio significado y conviene pensar en la realidad de la situación más allá de términos que, lejos de aclarar la situación, podrían simplemente enmascararla y acelerar todavía más el proceso de laicización de la sociedad desde las múltiples y poderosas instancias del poder político.

La dificultad en aceptar este planteamiento «Estado laico sí— Estado laicista no» es que si el Estado tiene derecho a ser laico —en una terminología nunca usada por la Iglesia para referirse al ejercicio propio de la autoridad civil— puede parecer a muchos, y con razón, que se está diciendo que lo laico no es en sí mismo malo mientras que sólo sería reprobable el laicismo.

Si por «laico» entendemos restrictivamente lo que no es sagrado, en el sentido en que distinguimos en la Iglesia entre clérigos y laicos, el Estado puede ser llamado laico. Pero en el sentido amplio de la palabra no puede aceptarse que un Estado tiene derecho a ser laico porque es dogma de fe católica que todo poder, y también el poder civil, proviene de Dios, de donde dimana la obligación religiosa de obedecerle. Esta es la reiterada enseñanza de la Iglesia,

1. Declaración *Dignitatis humanae*, n. 11.

cuya base es totalmente bíblica, expuesta por los Padres de la Iglesia, desarrollada por san Agustín y sintetizada en la encíclica *Diuturnum illud* de León XIII y, más recientemente, recordada en la *Pacem in terris* del beato Juan XXIII.

Nada es ajeno a la omnipotencia creadora y a la providencia de Dios. Todos los Salmos están llenos de esta enseñanza. Por consiguiente la Iglesia no puede aceptar que existe algo tan importante como el poder civil que esté al margen del poder de Dios, que ha ordenado sabiamente la vida humana en todas sus dimensiones. Laico no es, pues, un calificativo acertado.

Pero ¿qué es el laicismo?

El término «laicismo» no es un superlativo de laico. El laicismo no tiene otra definición usual que la de ser un sistema conceptual y práctico de promoción, por todos los medios a su alcance, de una sociedad laica. Por tanto, como la calificación moral de una acción se da fundamentalmente por el fin que pretende, el laicismo es rechazable porque lo laico lo es. Y esta es la razón esencial del rechazo del laicismo, aunque se le puede añadir, de modo accidental, que es doblemente muy reprochable —como es muy usual— por el modo como pretende conseguirlo

Ahora bien, ¿por qué el laicismo tiene como meta una sociedad laica? Porque una sociedad laica es aquella en la que la religión y la Iglesia no tienen la menor influencia en la sociedad de modo que lleguen a desaparecer o, si acaso, queden reducidas al ámbito subjetivo, personal y sin ningún derecho a ser enseñados. Lo «laico» es el fin y el laicismo es el conjunto de ideas y acciones que lo promueven.

La cuestión de la relación entre la Iglesia y el Estado, que es de enorme trascendencia, fue magistralmente analizada por los papas de aquel siglo XIX y principios del XX, sin ninguna discrepancia entre ellos, hasta conseguir ser un sólido cuerpo doctrinal que fue llamada por el Concilio Vaticano II, la «doctrina tradicional de la Iglesia». Al hablar de la libertad religiosa dice que la doctrina expuesta en el Concilio «deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo».² La doctrina tradicional —expresada

de una manera íntegra y clara por León XIII en su encíclica *Immortale Dei*— decía que la religión es como el alma de la sociedad y que no puede separarse la Iglesia de la sociedad como no puede separarse el alma del cuerpo, aunque con la misma fuerza se ha de afirmar que son dos cosas distintas. Son dos realidades distintas pero no separadas, como es distinta el alma del cuerpo pero la vida humana exige que no se separen.

Se ha de caer en la cuenta de que no es lo mismo «distintas» que «separadas». Si se quiere tener una idea inmediata de lo que es una organización social

en la que no se distingue la religión de la sociedad política, que se piense simplemente en el islam. Pero no caer en este grave error no significa que se haya de aceptar la separación como sucede en el actual Occidente desecristianizado.

Antes del siglo XIX ninguna sociedad fue concebida y desenvuelta sin la presencia íntima y medular, verdaderamente vertebradora, de la religión. Incluso Rousseau —precursor del laicismo radical, con la práctica exclusión de la religión en la vida social— reconoce

que se puede comprobar histórica y conceptualmente que sin la religión no hay un primer aglutinante posible en ninguna sociedad. Y esto no sucede sólo entre los judíos, pues también entre nosotros, y de modo exclusivo, este aglutinante ha sido la religión cristiana, originariamente y antes de los cismas de Oriente y de Occidente, sólo la católica.

Se trata de ver ahora si la dicotomía acuñada puede asemejarse en algún modo con la doctrina tradicional y ser el nuevo marco desde el cual entablar el diálogo entre la Iglesia y el Estado en el momento actual.

La fórmula cristiana de «distinción sí — separación no» era la solución dentro de la doctrina de la Iglesia, mientras que la nueva dicotomía «laico sí — laicista no» se propone ella misma como una solución «neutra» que puede ser aceptada por un Estado no cristiano. No se mueve, pues, en el cauce de la doctrina de la Iglesia sino en una actitud digamos de mera filosofía política, que quiere ser semejante, sin serlo, con aquellas disposiciones que elaboró el magisterio del propio León XIII y otros pontífices, para países con confesiones oficiales no católicas.



2. *Ibid.*, 1.

En tales situaciones la Iglesia apelaba a la común libertad política para exigir libertad para ejercer su ministerio religioso. Pero esta doctrina, que podría invocarse en la situación actual, no se identifica con el esquema que ahora analizamos.

En el peor de los casos, la Iglesia puede aceptar el hecho de que vive en un país no católico, que en la situación actual no sería protestante u ortodoxo o islámico –aunque haya algunas minorías de estas comunidades religiosas– sino más bien fuertemente secularizado (prescindiendo ahora de multitudinarias manifestaciones religiosas, de estadísticas sobre la petición de la asignatura de religión, el número todavía mayoritario de bodas católicas y otros índices). Y podría apelar a la exigencia de libertad que se concede a todas las asociaciones. Pero no es lo mismo hablar de *reconocimiento* de la libertad que hablar de *aceptación* de laicidad.

La libertad, en efecto, es un valor común e independiente del planteamiento de la relación Iglesia-Estado que puede ser siempre invocado. Cuando hablamos de libertad, los cristianos lo entendemos como algo perteneciente a la dignidad de la persona humana y por ello exigible. Mientras que la laicidad es ya la teoría específica de la parte irreligiosa de la sociedad. Una sociedad laica no es una sociedad común a creyentes y no creyentes. Que se fijen los que están implicados en el tema que el Concilio Vaticano II ha hablado de la libertad pero no ha hablado de la laicidad. Al contrario, ha incluido como parte del bien común la vida religiosa de los ciudadanos, diciendo expresamente: «el poder civil, cuyo fin propio es cuidar del bien común temporal, debe reconocer ciertamente la vida religiosa de los ciudadanos y favorecerla».³ Y si se me permite un texto más completo, aunque sea un poco más largo: «El poder público debe pues asumir eficazmente la protección de la libertad religiosa de todos los ciudadanos por medio de justas leyes y otros medios adecuados y crear condiciones propicias para el fomento de la vida religiosa a fin de que los ciudadanos puedan realmente ejercer los derechos de la religión y cumplir los deberes de la misma, y la propia sociedad disfrute de los bienes de la justicia y de la paz que provienen de la fidelidad de los hombres a Dios y a su santa voluntad».⁴

La Iglesia tiene naturalmente el derecho a pedir que se le reconozca la misma libertad que se concede a todo grupo social. La libertad es un bien universal exigible –dentro del bien común– mientras que la laicidad es un presupuesto que es él mismo

3. *Ibid.*, 3.

4. *Ibid.*, 6. En nota a este párrafo (nota 7) cita el Concilio: «León XIII, enc. *Immortale Dei*, 1 nov. 1885: AAS 18 (1885) 161».

una actitud de negación de la íntima relación entre lo natural y lo religioso. Más aún, es obvio que los defensores católicos de este diálogo, si son sinceramente católicos, cuando dicen que el Estado ha de ser laico no quieren decir que la sociedad ha de ser laica. Y ahí es donde se produce el constante enfrentamiento radical no resuelto por el nuevo planteamiento, porque precisamente el Estado positivamente autónomo e independiente de Dios tiene como ideal social un Estado laico. Mientras unos –los creyentes– exigirían un Estado laico, pero no un estado laicista, los otros –el Estado laico– usaría el arma del laicismo para llegar a una sociedad totalmente laica. Y esto es lo que de hecho ocurre y no puede dejar de ocurrir. La persecución directa y violenta a la Iglesia es un camino usado por muchos Estados totalitarios –todos los comunistas y casi todos los islamistas–, mientras la persecución solapada –no menos efectiva– se practica en muchos países democráticos. Pero, en cualquier caso, la meta no es la persecución de la Iglesia sino su desaparición.

Un Estado laico –totalitario o democrático– no puede legislar más que de acuerdo con el principio de que la sociedad, que él rige, ha de ser laica. Y esto implica que velará para que no se haga presente la religión y la Iglesia en esta sociedad civil.

Allí donde se dé una cuestión que pertenezca por una parte a lo meramente civil pero por otra a lo religioso el Estado laico no dudará un momento en adoptar aquella legislación y aquellas decisiones prácticas que tiendan a anular la presencia de las doctrinas y las prácticas religiosas.

Ahora bien la vida social, la vida cotidiana, no puede desenvolverse del modo que Dios ha mandado si se separa de la penetración religiosa de tales acciones. No se puede extrapolar a la totalidad de la vida humana, individual y colectivamente considerada, lo que puede acontecer en determinadas parcelas minúsculas e inoperantes en el verdadero dinamismo humano. No se puede equiparar el ser más íntimo del hombre, su naturaleza y sus más profundas aspiraciones, con determinadas acciones meramente exteriores, destinadas a la elaboración de productos meramente útiles y sin ninguna significación de finalidad. Pongo, por ejemplo, la fabricación de ascensores, que constituyen un bien, sin duda, útil y están al servicio del hombre pero no constituyen en modo alguna una realización del hombre en cuanto hombre. No tendría demasiado sentido hablar de ascensores católicos o ascensores laicos.

Pero ¿puede aceptarse esta indiferencia religiosa en las cosas importantes de la vida? ¿Puede haber indiferencia que sea igualmente respetuosa con la creencia y la increencia? La ausencia de la religión en la vida pública no es un terreno común y anterior a la división entre creyentes y no creyentes sino la



opción laica, pura y absolutamente considerada.

La enseñanza cristiana ha de ser conocida por todo el mundo de modo que ni nos engañemos ni engañemos a nadie. Los cristianos, por serlo, no tienen obligación ni capacidad de vivir en guetos separados. Ellos necesitan vivir la religión como ella es, al modo social y lo único que se puede invocar es el respeto a las creencias –o increencias– de los demás, pero no de modo que tengamos que admitir como «lo normal» la positiva separación de ideas y acciones que, por su misma naturaleza, dicen relación directa al ejercicio de la religión. Piénsese en la naturaleza del matrimonio, en la legislación sobre el divorcio, en el aborto –tema donde el Estado ha puesto a luz pública su sentido del derecho, legalizando el más infame de los delitos–, en la escuela llamada pública (que debería llamarse estatal, porque públicas lo son todas), en las campañas de prevención del sida, en la programación de las radios y televisiones públicas y un largo etcétera.

Una sociedad laica no es un terreno común a creyentes y no creyentes. El sofisma se reduce a algo

tan sencillo como absurdo. Se quiere introducir la idea de que, puesto que la afirmación de la existencia de Dios –que connota necesariamente su acción cósmica y social, por su misma significación filológica– es una «opción» no compartida por todos, el terreno común entre decir «Dios existe» y la proposición «Dios no existe» es –increíble, pero cierto y, por tanto, ¡créanlo!– «organicemos la sociedad sobre la base común de que “Dios no existe”». ¿Base común?

Por mera lógica no existe una base común a dos proposiciones contradictorias. Y la que se ha elegido y se impone es «Dios no existe». La propuesta de un Estado laico no laicista es un imposible lógico. Todo Estado laico es por, el solo hecho de serlo, un estado laicista, esto es, que tiende sistemáticamente a producir una sociedad laica, esto es, a separar a los hombres de la religión y, en definitiva, de Dios.

Nadie en la Iglesia puede apartarse lo más mínimo de su doctrina tradicional y de lo enseñado por el Concilio Vaticano II.

«Este deber de los gobiernos nace, asimismo, del derecho de los ciudadanos, cuyo bien administran; porque, a la verdad, y sin excepción, los hombres, todos cuantos hemos venido a la luz de este mundo, nos reconocemos naturalmente inclinados y razonablemente movidos a la consecución de un bien final y soberano, que por encima de la fragilidad y brevedad de esta vida, está colocado en los cielos, adonde han de aspirar todos nuestros propósitos y designios.»

LEÓN XIII, *Immortale Dei*



Pequeñas lecciones de historia

La estrella de Belén

GERARDO MANRESA

Los Evangelios sitúan el nacimiento de Cristo en tiempos del censo del Imperio ordenado por el emperador Octavio Augusto, cuando Quirino era gobernador de Siria y en los últimos años del rey Herodes, el cual falleció en el mes de marzo del año 4 a. de C. El evangelista Mateo pone, en la relación de este evento de Belén, la aparición de una estrella particularmente luminosa. Los historiadores sitúan el nacimiento de Jesús en Belén unos siete años antes del año cero de la era cristiana.

El nombre de magos, *magoi* en griego, se daba a la casta de los sacerdotes persas de la doctrina de Zoroastro. Jeremías da el título de *Rab-Mag*, «Mago-jefe» al jefe de la casta (Jer 39,3-39). Aunque dicha casta perdió influencia y fue perseguida por Darío, según explica Herodoto, su influencia religiosa perduró y en el tiempo de los Aqueménidas volvieron a florecer. Estrabón dice que los sacerdotes magos formaron los dos consejos del Imperio parto.

Los magos transmitían los escritos del Avesta, su libro sagrado, en el que se aludía a una futura victoria del bien y un reino de justicia bajo el imperio de un «Señor sabio», o «Mazda»; y para el triunfo escatológico se esperaba la misteriosa intervención de un «Socorredor». Los magos, que no eran reyes, sino sabios astrólogos, descubrieron esta singular estrella, *Aster*, que en forma de cometa consistía en una particular conjunción muy significativa, que al margen de las leyes astronómicas sugería un fenómeno preternatural. El signo de aquel fenómeno luminoso era evocación de divinidad, realeza, resurrección y gloria. La existencia de dicha estrella ha sido confirmada por los documentos arqueológicos y astronómicos, que en su tiempo eran dos ciencias gemelas.

En diciembre de 1603, Kepler, al observar con el telescopio el acercamiento de Júpiter y Saturno en la constelación de Piscis, se preguntó por primera vez si el Evangelio no se refería precisamente a este fenómeno. Hizo concienzudos cálculos hasta descubrir que una conjunción de este tipo tuvo lugar en el año 7 a. de C. Recordó también que el famoso rabino y escritor Isaac Abarbanel (1437-1508) había hablado del influjo extraordinario atribuido por los astrólogos hebreos a aquel fenómeno: el Mesías tenía que aparecer durante una conjunción de Júpiter y Saturno en la constelación de Piscis. Kepler habló en sus libros de su descubrimiento, pero la hipótesis quedó perdida en el olvido entre su inmenso legado astronómico.

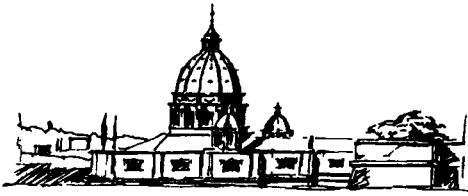
Faltaba una demostración científica clara. Llegó en el año 1925, cuando el erudito alemán Peter Schnabel descifró anotaciones neobabilónicas de escritura cuneiforme en una tabla encontrada entre las ruinas de un antiguo templo del sol, en la escuela de astrología de Sippar, antigua ciudad que se encontraba en la confluencia del Tigris y el Eufrates, a unos cien kilómetros al norte de Babilonia. La tablilla se encuentra ahora en el Museo de Berlín.

Entre los numerosos datos de observación astronómica sobre los dos planetas, Schnabel encuentra un dato sorprendente en la tabla: que la conjunción entre Júpiter y Saturno en la constelación Piscis tuvo lugar en el año 7 a. de C. en tres ocasiones, durante pocos meses: del 29 de mayo al 8 de junio, del 26 de setiembre al 6 de octubre y del 5 al 15 de diciembre. Además, según los cálculos matemáticos, esta triple conjunción dice Schnabel que debió verse con claridad en toda la región del Mediterráneo.

Hace unos cincuenta años también se descubrieron en China unos documentos que narran la aparición de una «Hui-Sing» (estrella nova), que pudo ser vista por chinos y coreanos. La situaban hacia el año 6 a. de C.

Según explica Giovanni Magnani, catedrático de fenomenología de la religión de la Pontificia Universidad Gregoriana y autor del libro *Jesús, constructor y maestro*, «en la antigua astrología, Júpiter era considerado como estrella del Príncipe del mundo y la constelación de Piscis como el signo final de los tiempos. El planeta Saturno era considerado en Oriente como la estrella de Palestina. Cuando Júpiter se encuentra con Saturno en la constelación Piscis, significa que el Señor del final de los tiempos se aparecerá este año en Palestina. Con esta expectativa llegaron a Jerusalén los Magos».

«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo» preguntan los Magos a los habitantes de Jerusalén, según escribe Mateo en su Evangelio. La triple conjunción de los dos planetas en la constelación de Piscis explica también la aparición y desaparición de la estrella, dato confirmado por el Evangelio. La tercera conjunción de Júpiter y Saturno, unidos como si se tratara de un gran astro, tuvo lugar del 5 al 15 de diciembre. En el crepúsculo, la intensa luz podía verse al mirar al sur, de modo que los Magos de Oriente, al caminar de Jerusalén a Belén, la tenían enfrente. La estrella parecía moverse, como explica el Evangelio, «delante de ellos» (Mt 2,9).



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Sagrado Corazón de Jesús de Bilbao ya no «reinará en España»

DESDE 1927 la ciudad de Bilbao es presidida por uno de los más grandes monumentos al Sagrado Corazón de Jesús que hay en el mundo. Durante la segunda república, las autoridades intentaron desmontar la magnífica estatua pero docenas de devotos del Corazón de Cristo pasaron días rezando el rosario a sus pies y tal manifestación de fe popular hizo desistir a los gobernantes de su propósito. Durante la guerra, las milicias republicanas, aliadas con los nacionalistas vascos, llegaron a planear también su voladura antes de que el bando nacional tomara la ciudad, en junio de 1937, pero no lo consiguieron tampoco. Ahora el Ayuntamiento democrático, basándose en un informe técnico que advierte del deterioro considerable de la piedra del monumento, ha iniciado las obras para su restauración. Sin embargo, en esta ocasión los nacionalistas parece que por fin van a conseguir su objetivo, más confiados en su idolatrado mesianismo nacional que en las esperanzadoras palabras de Jesús al padre Hoyos. La inscripción «Reinaré en España» no se puede ya tolerar en el solar vasco y por ello no se duda en mutilar el monumento con la excusa de que la piedra está en mal estado y no admite relieves metálicos.

Campana «Hora Santa»

CÓMO no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? Al hilo de estas palabras del Papa en *Ecclesia de Eucaristía* y con motivo del Año de la Eucaristía, las Siervas de los Corazones Traspasados de Jesús y María han iniciado una campaña de oración en la que invitan a todos los fieles a adoptar el compromiso de ofrecer semanalmente durante este año de la Eucaristía «X» horas de adoración, consolación y reparación al Corazón Eucarístico de Jesús.

Este compromiso puede resultar además una de las maneras con las que ganar indulgencia plenaria durante este Año de la Eucaristía, según el reciente decreto de la Penitenciaría Apostólica que recoge algunos actos de culto y devoción al Santísimo Sa-

cramento enriquecidos por el Papa con esta indulgencia: «Se concede indulgencia plenaria según las condiciones habituales cada vez que los fieles participan con atención y piedad en una ceremonia sagrada o en un servicio piadoso en honor del Santísimo Sacramento, expuesto solemnemente o conservado en el tabernáculo. (...) Los fieles que por enfermedad u otras causas justas no puedan visitar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía en una iglesia u oratorio, podrán conseguir la indulgencia plenaria en su propia casa o en cualquier lugar donde se encuentren a causa del impedimento (...) si con la intención de observar (...) las tres condiciones habituales, hacen espiritualmente la visita con el deseo del corazón (...) y rezan el Padrenuestro y el Credo añadiendo una invocación piadosa a Jesús Sacramentado. (...) Si ni siquiera pudieran hacerlo, obtendrán la indulgencia plenaria si se unen con deseo interior a los que practican de forma ordinaria la acción prescrita para la indulgencia y si ofrecen a Dios misericordioso la enfermedad y los problemas de su vida».

La participación en la citada campaña se puede realizar a través de un mensaje de correo electrónico a siervas@corazones.org.

Clausura del Año Santo Compostelano 2004

TRAS la celebración el pasado 30 de diciembre de la tradicional ceremonia del traslado de los restos del Apóstol, rememorando su traslación desde Haifa-Jerusalén a la ciudad gallega, el día 31 el arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Julián Barrio, cerró la Puerta Santa clausurando de esta manera el Año Santo Compostelano 2004.

El arzobispo se dirigió en procesión desde el Pórtico de la Gloria hasta la Puerta Santa atravesando la catedral de Santiago. Antes de cerrar la Puerta que multitudes de peregrinos han traspasado en este Año Santo, el arzobispo oró unos momentos en silencio. Después de cerrarla, dio lectura al mensaje que el papa Juan Pablo II envió para la ocasión y en el que volvió a pedir: «España, sé tú misma, ¡descubre tus orígenes! Busca en la fidelidad a tu ser histórico el rumbo para tu futuro y la garantía de tu progreso». Asimismo, el Papa alentó a los católicos españoles en la hora presente marcada por un laicis-

mo militante. «Las dificultades que podáis encontrar en el momento presente para transmitir a las nuevas generaciones el Evangelio de Cristo –señaló el Papa–, lejos de debilitar vuestra esperanza han de ser motivo de fidelidad y unidad, ocasión propicia para corregir vuestras deficiencias y dar un testimonio público y coherente. De esta manera tendréis fuerza y credibilidad para defender el respeto efectivo a la vida en todas sus etapas, la educación religiosa de vuestros hijos, la protección del matrimonio y de la familia, la defensa del nombre de Dios y del valor social de la religión cristiana». Finalmente, monseñor Julián Barrio presidió la Eucaristía en el altar mayor de la catedral compostelana acompañado por obispos y sacerdotes.

América en el Pilar

ENMARCADO en las celebraciones del centenario de la coronación de la Virgen del Pilar, veintidós embajadores y representantes diplomáticos de Iberoamérica, Portugal, Filipinas y Haití ofrecieron el pasado sábado 22 de enero nuevas banderas de sus distintas repúblicas a la Virgen del Pilar de Zaragoza, «signo de la presencia de América, donde la Virgen recibió el título de “Señora de la Hispanidad”, por parte del obispo chileno monseñor Jara, y donde numerosas ciudades, parroquias e iglesias reciben el nombre de Pilar o Zaragoza».

Las banderas sustituirán a las que fueron ofrecidas a la Virgen del Pilar en el año 1958, que a su vez, sustituyeron a las ofrecidas en 1908, que fueron llevadas a Zaragoza por diplomáticos y obispos tras ser bendecidas en el Vaticano por san Pío X.

Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

CON el lema «Cristo, fundamento único de la Iglesia», se ha celebrado en la Iglesia los días 18 al 25 de enero la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos con la esperanza de ver pronto alcanzada la promesa del mismo Jesús de reunir a todo el género humano en un mismo rebaño y bajo un mismo Pastor. Este año la Semana tiene lugar meses después del cuadragésimo aniversario de la promulgación del decreto del Concilio Vaticano II *Unitatis redintegratio*, «texto clave que ha puesto a la Iglesia católica firme e irrevocablemente en el surco del movimiento ecuménico», movimiento que –según recordó el Papa– requiere de

la oración constante y la conversión interior para llegar a su fin «dado que la reconciliación de los cristianos supera las fuerzas y las capacidades humanas y (...) la unidad es un don de Dios, don que hay que implorar sin cansarse con humildad y verdad». Además, las jornadas han estado marcadas por el anuncio del «nacimiento de una nueva etapa de colaboración entre la Iglesia católica y la Comisión Fe y Constitución (Consejo Ecuménico de las Iglesias)», única entidad del Consejo Mundial de las Iglesias que cuenta con una representación de la Iglesia católica.

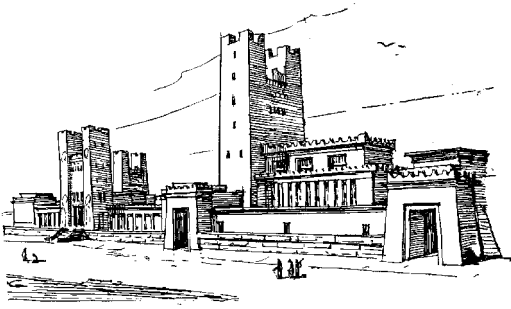
El uso de cualquier método anticonceptivo es gravemente inmoral

A raíz de la polémica suscitada en la prensa de nuestro país en torno a la postura de la Iglesia católica en relación a la utilización de los métodos contraceptivos como uno de los medios de prevención de la pandemia del sida, la Conferencia Episcopal Española ha publicado una «Nota de prensa sobre el sida y el preservativo» en la que sostiene, en continuidad con la tradición de la Iglesia, «que el uso del preservativo implica una conducta sexual inmoral.»

La Iglesia, especialmente comprometida en la prevención del sida y el cuidado de los afectados por esta enfermedad, considera como únicos métodos válidos la promoción de una educación de las personas para el amor conyugal fiel y abierto a la vida, aconsejando el ejercicio responsable de la sexualidad, basado en la abstinencia y fidelidad, como único camino acorde con la norma moral y, por ello, único eficaz. Queda, por tanto, excluida como vía lícita para la regulación de los nacimientos «toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación» (*Humanae vitae*).

La oración, única esperanza para China

AYUDA a la Iglesia Necesitada (AIN) ha hecho público recientemente un informe en el que manifestaba la necesidad de fomentar de la vida contemplativa en China así como de orar insistentemente a Dios por la conversión de dicho país que cuenta actualmente con unos doce millones de católicos y que representan un escaso 1 % de la población.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
y SANTIAGO ALSINA CASANOVA

Ucrania, encrucijada para Occidente y Rusia

Los recientes acontecimientos políticos ocurridos en Ucrania durante los últimos meses se nos han presentado como una revolución pacífica en la que el pueblo ucraniano ha conseguido alcanzar la democracia por su propia fuerza. Este triunfo se fraguaba con la petición de anular y repetir las fraudulentas elecciones del 21 de noviembre en las que se enfrentaban Víctor Yushenko, líder de los «hombres naranjas» y Víctor Yanukovich, a la cabeza de los «hombres azules».

Al mirar la carrera política de los dos contrincantes nos damos cuenta de que uno y otro no son tan diferentes. Yanukovich, antiguo gobernador del Donetsk, región industrial considerada la fundición del comunismo en tiempos soviéticos, hombre apoyado por Putin y que estaba a favor de la última intervención en Iraq pensando que esto le daría el apoyo del mundo occidental, ha ingresado dos veces en prisión, una de ellas por violación. Sus métodos poco ortodoxos para alcanzar el poder han llegado hasta el envenenamiento como última medida.

Yushenko es el hombre de las democracias occidentales y cuenta con el apoyo de los capitalistas locales descontentos con el sistema, (entre ellos Piotr Poroshenko, denominado el rey del chocolate en Ucrania y propietario del principal canal de televisión privado del país). Estas amistades favorecieron que se emitiera en directo y para todo el mundo la imagen de la Plaza de la Independencia llena de seguidores suyos y las posteriores sesiones del Parlamento. Otro personaje que ha apoyado a Yushenko en los últimos tiempos ha sido Yulia Timoshenko, mujer contra la que la Interpol interpuso una orden de busca y captura por sobornar en el año 1996 a varios funcionarios del Ministerio de Defensa ruso.

Las imágenes de la plaza de la Independencia de Kiev desde el 22 de noviembre de este año como si fuera una marea de color naranja nos podrían llevar a pensar que el pueblo salió de forma espontánea para responder al fraude electoral que había ocurrido el día anterior. El hecho no fue más que una campaña de marketing en la que incluso han salido discos de las canciones que allí se cantaban. Esta campaña se calcula que ha tenido un coste de alrededor de 65 millones de dólares, financiadas por instituciones estadounidenses como *Freedom House*, la

Renaissance Foundation de Georges Soros (que apoyó la campaña de Kerry) y la *USAID*, la Agencia Oficial de Ayuda al Desarrollo. De otro modo resultaría casi milagroso organizar unas infraestructuras de tal envergadura de forma tan rápida y a diez grados bajo cero. A modo de ejemplo, un diputado de la Nueva Ucrania (Hombres Naranjas) compró cocinas de campaña y tiendas para diez mil personas antes de las primeras elecciones.

En todo este embrollo político han existido dos fraudes: el primero, que todo el mundo conoce, apoyado por Vladimir Putin, y el segundo, del que nadie dice nada, ligado a la «revolución democrática» apoyada por la Casa Blanca y por Bruselas, cuyo objetivo es el de impedir la recreación de algo parecido a una Rusia poderosa. La suma de los PIB de Rusia, Ucrania y Bielorrusia representa más del 80% del PIB de toda la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la agrupación de estados exsoviéticos con la que Moscú intentó preservar su área de influencia euroasiática tras el hundimiento de la URSS.

En medio de tanta manipulación y corrupción, la esperanza para Ucrania no está en uno u otro color, sino en librarse de una vez por todas de la pesada herencia comunista, ahora revestida de capitalismo. Y esto pasa por un retorno a sus raíces, aquellas que plantó el príncipe Vladimir a orillas del Dnieper en el siglo IX cuando llevó la fe cristiana a las tribus eslavas, acogiéndolas en la tradición de Bizancio.

El verdadero «feminicidio»

La verdadera violencia contra las mujeres es la que se comete a través del aborto. En efecto, más de 90 millones de mujeres han sido eliminadas de la población de siete países asiáticos debido a la selección del sexo antes del nacimiento y al abandono posterior a éste. Este dato aparece en el estudio *Implicaciones en materia de seguridad de la mayor población masculina en Asia*, escrito por Valerie Hudson y Andrea den Boer. El 90% de estas mujeres eran originarias de China y la India. En China nacen entre 115 y 121 niños por cada 100 niñas, y en la India entre 111 y 113, aunque este ratio alcanza los 156 contra 100 en al menos una región. Los autores estiman que en 2020 China tendrá un exceso de población masculina de entre 29 y 33 millones de

hombres, con edades comprendidas entre los 15 y los 35 años, mientras que el exceso en la India estará entre los 23 y 32 millones de hombres. Estos contingentes suelen sufrir «un status socioeconómico bajo debido a mayores niveles de desempleo y a trabajos poco cualificados, mayor probabilidad de comportamientos criminales y una subcultura propia caracterizada por la búsqueda del placer inmediato y por una falta de interés en el futuro y una tendencia a caer en el vicio y la violencia». Otros observadores indican que el exceso de población masculina presiona sobre los gobiernos para incrementar sus efectivos militares, lo que provoca mayor tendencia al conflicto. En definitiva, que una vez más el ser humano repite la fábula del aprendiz de brujo. Pretendiendo controlar aquello que no debe finalmente provoca graves e inesperadas consecuencias que ya no domina. ¿Qué deberá ocurrir para que comprendamos aquello tan antiguo de que Dios perdona siempre, el hombre a veces y la naturaleza nunca?

El poder de China aumenta sin cesar

No obstante lo dicho, China sigue, a pesar de todo, creciendo: tras alcanzar los 1.300 millones de habitantes censados, los demógrafos estiman que la población no se estabilizará hasta alcanzar la cifra de 1.600 millones. Esto significa que, independientemente de los desequilibrios internos que la lastran, China va a convertirse en un coloso aún más descomunal de lo que ya es, en una potencia que difícilmente va a conformarse con jugar un papel regional y va a querer asumir cada vez más un papel en la escena internacional.

Su posición de liderazgo asiático se va a ver reforzada por la crisis demográfica en que se haya inmerso su vecino y, a lo largo de importantes momentos de la historia, competidor, el Japón. Los últimos datos que nos llegan del Imperio del Sol Naciente nos indican que el país nipón, que actualmente cuenta con algo más de 127 millones de habitantes, verá con toda probabilidad reducida su población a 100 millones cuando alcancemos el año 2050. Este hecho tendrá, a buen seguro, un impacto muy importante para una nación que nunca en su historia ha recibido contingentes de emigrantes importantes y que verá en el futuro cuestionado su peculiar sistema cultural. Sea cual sea la reacción japonesa, parece claro que Japón ha dejado de ser una alternativa seria a China en lo que al liderazgo en la región se refiere.

Reintegrado Hong Kong a la soberanía china, el otro gran obstáculo a la reunificación es Taiwán, donde se refugió el ejército nacionalista de Chiang Kai Shek tras su derrota a manos de Mao Tse Tung. Las recientes elecciones al Parlamento, en las que los independentistas del gobierno han salido derrotados, han confirmado las aspiraciones chinas sobre la isla.

La victoria del Kuomintang, el antiguo partido del presidente Chiang, ha sido bien vista en Pekín, pues aunque rivales en lo político, nacionalistas y comunistas coinciden en afirmar que existe una sola China: para los comunistas con un gobierno rebelde en la isla, para los nacionalistas con un gobierno rebelde en el continente, pero siempre un solo país. Por el contrario, los independentistas pretenden que Taiwán es un país diverso de la China, que ni ahora ni en el futuro deberá formar un único estado con ella. La primera reacción no se ha hecho esperar y ha sido autorizado por el gobierno comunista chino un primer vuelo directo desde Taiwán a China, un trayecto que hasta ahora debía realizarse con escala a través de un tercer país. Mientras, los Estados Unidos también han respirado tranquilos: en el contexto actual, con varios frentes abiertos y en especial con una situación cada vez más fuera de control en Iraq, los Estados Unidos no pueden permitirse el lujo de abrir un nuevo frente de inestabilidad, y menos con China, la potencia nuclear con mayor población del orbe.

El benéfico efecto hispano

MUCHO se ha escrito sobre la creciente importancia de la población hispana en los Estados Unidos. Para empezar, acerca del trascendental papel que ha jugado en el desenlace de las recientes elecciones norteamericanas. En cambio, otra consecuencia de la inmigración masiva de hispanos ha sido hasta el momento menos aireada: nos referimos al impacto de este aluvión de personas sobre la inseguridad en las grandes ciudades norteamericanas. Al contrario de lo que podrían suponer algunos, lejos de agravarse, la presencia de los hispanos está provocando un claro descenso de la delincuencia. Durante el pasado año, ocho de las diez ciudades grandes más seguras cuentan con porcentajes de población hispana por encima de la media. Por el contrario, las cuatro ciudades más inseguras (Detroit, Washington, Baltimore y Memphis) tienen poblaciones hispanas muy pequeñas. El descenso de la delincuencia se ha producido tanto en lugares con economías muy dinámicas como en ciudades con crisis económica intensa. Es el caso de Nueva York, donde la tasa de crímenes ha caído en un 70 % y el número de asesinatos en 2004 ha sido el más bajo desde finales del siglo XIX. Resulta que este asombroso comportamiento ha coincidido con que la población hispana se ha triplicado desde 1990 y se acerca ya a un tercio del total. Sintomático. Algunos se sorprenden de que la afluencia masiva de millones de hispanos empobrecidos haya coincidido con lo que se considera la pacificación de muchas ciudades estadounidenses. Si atendieran a las creencias católicas de la mayor parte de ellos y a sus estrechos lazos familiares quizás podrían pasar de la sorpresa a la admiración.



EVAN McIAN

GEORGE STEINER

Lecciones de los maestros

Trad.: María Condor

Madrid, Siruela, 2004

LEER a Steiner es un placer que te mantiene con la boca abierta y con el corazón expectante ante lo que pueda suceder, que es cualquier cosa. El ilustre profesor, en este ciclo de conferencias, se dedica a hablar de maestros, y parece que los conozca a todos. No hay palabras. ¿Cómo alguien puede atesorar tanto saber y a la vez transmitirlo de modo tan exquisito? No creo que sea posible contestar a esto, sin a la vez meterse de lleno en la temática del libro: la educación a lo largo de los siglos.

Uno, ante la lectura de estas páginas, entiende aquella afirmación de Paul Celan: «Cuando soy más yo es cuando soy tú». Esta es la síntesis de la experiencia llamada «leer a Steiner», que no es más que una mínima muestra de la experiencia universalmente conocida como «estar ante un maestro». De hecho, te das cuenta de que, aunque el texto hubiese tratado de un tema absolutamente distinto, en el seguimiento de sus párrafos quedaría patentizado algo que él también nos dice sobre el asunto, que el verdadero maestro educa porque existe.

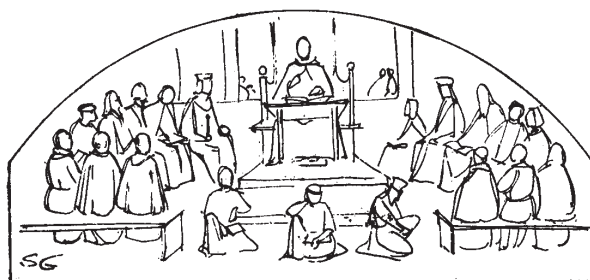
Steiner tiene una cultura que no cabe sino en un «no-lugar»: el alma humana. Sus conocimientos trascienden las disciplinas hoy vigentes en nuestras universidades de humanidades, ya que, como se ve, nunca ha estudiado por una aspiración a los laureles académicos, sino por un interés humano, por una vocación (una llamada) más fuerte que cualquier consideración crematística.

Todo profesor, sea de bachillerato o universitario debería leer este libro (también para los estudiantes capaces y para los padres preocupados es claramen-

te recomendable). No para estar de acuerdo con él, sino para recordar las verdaderas razones por las cuales uno se pone delante de sus alumnos, ya que nuestra sociedad tiende a errar el tiro en estos temas, y así están las aulas: llenas de profesores depresivos y de alumnos indisciplinados que creen ya saber lo suficiente como para «triunfar» en la vida. Lo dice Steiner: «Una sociedad como la del beneficio desenfrenado, que no honra a sus maestros, es una sociedad fallida.»

En el epílogo encontramos un canto a la esperanza. Ante el problema evidente para la educación que supone la democracia de masas y sus medios de comunicación, Steiner apuesta por la supervivencia de las «lecciones de los maestros», ya que, como dice: «la *libido sciendi*, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está grabada en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar. No hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los nuestros; inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos; hacer de nuestro presente interior el futuro de ellos: ésta es una triple aventura que no se parece a ninguna otra. (...) Es una satisfacción incomparable ser el servidor, el correo de lo esencial, sabiendo perfectamente que muy pocos pueden ser creadores o descubridores de primera categoría. Hasta en un nivel humilde —el del maestro de escuela—, enseñar, enseñar bien, es ser cómplice de una posibilidad trascendente.»

Ante la crisis de la enseñanza, que se exhibe como espectáculo en las páginas de nuestros periódicos, un grande de la cultura se decide a recordarnos quiénes somos y qué se juega el hombre cuando proclama a los cuatro vientos su santa independencia en la línea del mayo del 68 y de aquella inquietante canción de Pink Floyd que rezaba: «We don't need more education».





Chesterton y el Maligno

No es muy frecuente que estas líneas se hagan eco de la aparición de un libro, y menos de uno de poesía, pero la publicación del libro de poemas de Chesterton, Lepanto y otros poemas, de Editorial Renacimiento, merece que hagamos una excepción. Cuidadísima edición, presentando el original en inglés y su traducción al castellano, el libro es chestertoniano por los cuatro costados. En él encontramos al Chesterton humorista, al profeta

del sentido común, al amante de la buena vida, al católico defensor de la Cristiandad... y también al conocedor y debelador del Maligno. Él mismo lo explicó en contadas ocasiones: en su juventud, cuando más fascinado estaba por los ambientes decadentistas y ocultistas, tuvo una experiencia en la que vio el Mal muy de cerca y a punto estuvo de perderse. Es probable que uno de los frutos de esta experiencia sea la poesía que reproducimos a continuación, en traducción de Enrique García-Máiquez:

EL ARISTÓCRATA

Satán, tan aristócrata, te ha invitado, educado,
a su coqueta finca, que está cerca –aquí al lado.
Te dice que es espléndida y que se llama «El Hades»,
que hay festejos, deportes y, siempre, novedades,
que él, ¡qué anfitrión!, dispara querubines al vuelo
y pesca al rey Neptuno con sirenas de anzuelo
y, escalando entre estrellas al cielo, ese alto abismo
con sus muchos poderes y poco ocultismo
es capaz de birlarle al Creador la corona,
mas, como es aristócrata, después no se pregona...

Pero tú ciégate y córtale la mano
y la cabeza. Haz, haz lo que esté en tu mano
-la otra- por no ir... Sin pasar por allí
no vas a ser muy listo ni muy rico ni muy...
pero aún así no vayas. ¡Es tanto lo que ignoras:
que, entre placeres ellos te envidian cuando lloras;
que hay juegos muy didácticos, donde acabas sabiendo
que, aunque el juego se acabe, tú seguirás perdiendo;
que pueden ser oscuros los focos más brillantes
y qué descende buitre el pájaro que antes
te encantaba...! Satán, es cierto, da sorpresas:
como un buen aristócrata, incumple sus promesas.



Las maldiciones de Don Bosco

Escribe Rino Cammilleri en la revista italiana Il Timone un interesante artículo en el que afirma que a los terroristas islamistas que asesinan al grito de «Alá es grande» deberíamos responderles con un «Nuestro Dios es más grande y os lo hará pagar». Y recuerda que la Iglesia y los santos han bendecido siempre, sí, pero también han maldecido. Así nos relata uno de los ejemplos más famosos de maldición:

«Se trata del caso de don Bosco y de la ley Ratazzi de 1855 sobre expropiaciones eclesiásticas en el Piamonte. Durante el debate parlamentario el sacerdote de Valdocco dictó al joven santo Domingo Savio la maldición de los antiguos duques de Saboya contra sus descendientes que osaren tocar sus donaciones a las órdenes religiosas, y se la envió a Víctor Emanuel II. No recibió respuesta. Entonces mandó otra advertencia, aún más dramática. Nada. Al cabo de pocos días murieron la madre, la mujer y el único hermano del rey, aún joven. Al reanudarse el debate, suspendido por los continuos funerales, el presidente de la Cámara, Lanza, debió interrumpirlo por la noticia de la muerte de su propia madre. La ley fue, no obstante, aprobada y precisamente entonces murió el último hijo del rey. Don Bosco le recordó a este último la amenaza bíblica que pesa sobre la familia de aquellos «que roban a Dios»: no superar la cuarta generación. Cosa que, puntualmente, se verificó con los Saboya, enviados al exilio en 1946».

Negro, nigeriano, cardenal

Así es el cardenal Francis Arinze, prefecto de la Congregación para el culto divino. Además, habla con una claridad pasmosa; como suele decirse se puede hablar más alto, pero no más claro. En esta ocasión ha concedido una entrevista a la revista 30 Días; después de leer algunos de los párrafos que extractamos uno retiene dos impresiones: en primer lugar, el gozo que trae aparejada la doctrina católica expuesta sin tapujos, pero también la constatación de que nuestra realidad dista mucho de lo que este sacerdote fiel y celoso nos recuerda:

«Juan Pablo II ha instituido la comisión pontificia Ecclesia Dei que examina las solicitudes de los sacerdotes y fieles que quieren celebrar la misa según el rito denominado de san Pío V. Por tanto, celebrar la misa según el antiguo *Ordo* no está prohibido. Es más, el Santo Padre les ha pedido a los obispos que sean generosos a la hora de conceder el indulto que

permite la celebración de la misa tridentina en su diócesis... La Iglesia que celebró el Concilio de Trento es la misma Iglesia que celebró el Vaticano II.

[...]

La preeminencia del canto gregoriano en la liturgia latina fue establecida por san Pío X, el Concilio Vaticano II la hizo propia y Juan Pablo II la ha reafirmado. El gregoriano sigue siendo pues el canto por excelencia de la Iglesia latina... Con respecto a las composiciones musicales modernas, recuerdo que Juan Pablo II ha hecho suya la ley general que san Pío X formulaba en estos términos: «una composición religiosa será tanto más sagrada y litúrgica cuanto más se acerque en aire, inspiración y sabor a la melodía gregoriana, y será menos digna del templo cuanto más diste de este modelo supremo».

[...]

Yo vengo de Nigeria y puedo decir que allí los fieles, sin ser latinistas, pueden cantar el gregoriano. Cuando era arzobispo de Onitsha insistía con los sacer-

dotes en que en todas las ciudades hubiera por lo menos una celebración dominical en latín. Se les debería garantizar a los fieles esta posibilidad de elección. No hay que pensar que el latín es algo que está bien para alabar pero no utilizar, o que el gregoriano debe reservarse para las comunidades monásticas... Algún motivo habrá si los discos de canto gregoriano realizados por algunos monasterios han tenido tanto éxito entre el público joven. Estos muchachos no conocen el latín, pero el canto gregoriano, a menudo compuesto por santos, tiene el poder de elevar el alma humana.

[...]

La iglesia-edificio debe ser también un símbolo de la Iglesia-sociedad, de la Iglesia jerárquica... A los que no les gusta la separación entre el altar y el Pueblo de Dios y a los que dicen que toda la iglesia-edificio es santuario, les respondo: tened cuidado, no prestáis bastante atención a la sensibilidad de la Iglesia, a la historia y la teología subyacentes».

La sabiduría de santo Tomás de Aquino

Ahora bien: entre los doctores escolásticos brilla grandemente santo Tomás de Aquino, príncipe y maestro de todos, el cual, como advierte Cayetano, *por haber venerado en gran manera los antiguos doctores sagrados, obtuvo de algún modo la inteligencia de todos*. Sus doctrinas, como miembros dispersos de un cuerpo, reunió y congregó en uno Tomás, dispuso con orden admirable, y de tal modo las aumentó con nuevos principios, que con razón y justicia es tenido por singular apoyo de la Iglesia católica; de dócil y penetrante ingenio, de memoria fácil y tenaz, de vida integérrima, amador únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia divina y humana, comparado al sol, animó al mundo con el calor de sus virtudes y le iluminó con esplendor. No hay parte de la filosofía que no haya tratado aguda y a la vez sólidamente: trató de las leyes del raciocinio, de Dios y de las sustancias incorpóreas, del hombre y de otras cosas sensibles, de los actos humanos y de sus principios, de tal modo, que no se echan de menos en él, ni la abundancia de cuestiones, ni la oportuna disposición de las partes, ni la firmeza de los principios o la robustez de los argumentos, ni la claridad y propiedad del lenguaje, ni cierta facilidad de explicar las cosas abstrusas.

LEÓN XIII: *Aeterni Patris*

San Pedro, apóstol de los gentiles

Antes de que la revista CRISTIANDAD cumpliera un año, en enero de 1945, publicaba Francisco Canals Vidal el artículo que ahora reproducimos, a los sesenta años, y que tiene por tema el apostolado de san Pedro. Se trata de un artículo fundamentalmente histórico, reflexionando a partir de los capítulos 9, 10 y 11 de los «Hechos de los Apóstoles», acerca de la misión entre los gentiles del apóstol san Pedro, a quien Cristo había elegido como fundamento visible de la Iglesia.

San Pedro fue también, como san Pablo, apóstol de los gentiles y ello así de palabra como de obra, realizando así la misión universal que Cristo encomendó a los Apóstoles al decirles: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15). Las palabras de Pedro, después del bautismo del centurión Cornelio, fueron la proclamación de la universalidad de la Iglesia: «Verdaderamente acabé de conocer que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y obra bien merece su agrado» (Ac 10,34-35).

San Pedro predicó primero en Jerusalén, al igual

que todos los Apóstoles. Durante las primeras persecuciones, los fieles se dispersaron desde Palestina hasta Fenicia, Chipre y Antioquía. De esta última ciudad, la tercera del Imperio después de Roma y Alejandría, según testimonio de san Gregorio, fue obispo san Pedro. Después de la persecución promovida por Herodes en Jerusalén, Pedro se dirigió a Roma, de manera que cuando san Pablo predicó a los romanos lo hizo a la primitiva comunidad iniciada seguramente por san Pedro, como prueba Canals a partir de unas palabras de la carta de san Pablo a los romanos. Hacia el año 49 los judíos fueron expulsados de Roma por el emperador Claudio y Pedro volvió a Jerusalén. Allí tuvo lugar el Concilio de Jerusalén, donde Pedro, como cabeza de la Iglesia, resolvió la disputa sobre la obligatoriedad de los ritos judíos para pertenecer a la Iglesia.

El artículo concluye con la vuelta de san Pedro a Roma después del Concilio, donde predicó con mayor empeño a la gentilidad y donde finalmente dio la vida por Cristo, cuando los cristianos de Roma eran ya «ingens multitudo».

La visión de Joppe

A la orilla del Mediterráneo, al sur de las llanuras del Saron, está situada Joppe. Llegados de Cesarea, tres hombres buscaban la casa de Simón, el curtidor, donde sabían que estaba hospedado Simón, de sobrenombre Pedro. Les enviaba Cornelio, centurión romano, varón justo y temeroso de Dios, a quien un ángel había ordenado que de labios de este Simón Pedro oyese lo que de parte de Dios le enseñaría.

Efectivamente, en la casa del curtidor vivía Pedro el Apóstol; cuando ellos llegaban, saliendo él mismo a encontrarles, les dijo: «Yo soy a quien buscáis». Así como la aparición de un ángel era la causa de su venida, una milagrosa visión que acababa de tener Pedro era la causa de que fuesen así recibidos.

Porque al tiempo en que llegaban ellos a la ciudad, estando él en oración en la terraza de la casa, quedó en éxtasis y vio bajar del cielo un mantel grande lleno de toda clase de animales, mientras una voz

del cielo le ordenaba que comiese de ellos. Viendo entre aquellos animales que bajaban del cielo algunos impuros según la ley de Moisés, rehusó comerlos, pero por tres veces la voz del cielo le ordenó que los comiese, añadiendo: «No llames impuro lo que el Señor ha purificado». Estaba pensando qué significaría la revelación, y la voz del cielo le ordenó: «He aquí tres hombres que te buscan, recíbelos sin recelos, que yo te los envíe». Por esto Pedro se había adelantado a recibirles; habiendo sabido la orden que el centurión les diera, les hospedó y al siguiente día partió con ellos a Cesarea.

El descenso del Espíritu Santo sobre los gentiles

Acabó de comprender el apóstol cuál era la voluntad de Dios al obrar aquellas intervenciones sobrenaturales, cuando conoció al que había enviado sus criados a buscarle. Cornelio salió a recibirle y

se postró a sus pies; tal vez le recordó a aquel otro centurión romano cuyas humildes palabras: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada...» habían admirado por la fe que en ellas se encerraba al Divino Maestro.

Hízole Pedro levantar y entró con él en su casa; encontró allí mucha gente reunida, parientes y amigos de Cornelio, a los que había convocado éste para que oyesen al enviado de Dios. Ante ellos explicó a Pedro el mandato recibido del ángel y le dijo: «He aquí que todos nosotros estamos en tu presencia para escuchar lo que el Señor te mande decirnos». Anunció entonces ante aquel auditorio de gentiles a «Cristo Señor de todos». Las palabras de Pedro fueron la proclamación de la universalidad de la Iglesia: «Verdaderamente acabé de conocer que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y obra bien merece su agrado». Mientras les hablaba descendió el Espíritu Santo sobre todos los que le oían; como en el día de Pentecostés confirmó la fe de la Iglesia naciente, así ahora descendía sobre los gentiles para llamarlos a la Iglesia. Los judíos que lo presenciaban se maravillaron de ver derramada la gracia sobre los incircuncisos; pero Pedro exclamó: «¿Quién negará el bautismo a los que han recibido el Espíritu Santo?»; y mandó que fuesen bautizados.

Jerusalén y Antioquía

Ocurrió esto probablemente unos diez años después de la Ascensión del Señor, mientras visitaba Pedro a los fieles durante un período de paz de que gozaba la Iglesia.

Hasta entonces los Apóstoles, residiendo por lo general en Jerusalén, habían extendido su predicación únicamente entre los judíos.

Muchas persecuciones sufrió durante aquellos años la Iglesia por parte del pueblo escogido. En la última y más violenta el diácono Esteban había padecido el martirio y durante la misma uno de sus más violentos impulsores, Saulo, se convirtió en el futuro Apóstol de las Gentes.

Esta persecución sirvió providencialmente para la propagación de la Iglesia; los fieles dispersos difundían la fe por donde iban; huyendo de Palestina llegaron a Fenicia, Chipre y Antioquía, que era una de las ciudades mayores del mundo; sólo cedía en importancia a la misma Roma y a Alejandría; su población de medio millón de habitantes se componía de todas las razas del Oriente; su situación entre la Siria y el Asia Menor había hecho de ella una urbe cosmopolita en que se mezclaban todas las culturas.

Según refieren los Hechos de los Apóstoles, fue en esta ciudad donde tuvo lugar el hecho

importantísimo de la entrada en la Iglesia de gran número de gentiles. Una tradición referida por san Gregorio habla de la Cátedra del Apóstol san Pedro de Antioquía; prescindiendo de la mayor o menor duración de la permanencia de Pedro en la ciudad, es muy admisible, y concuerda con la narración de los Hechos, que tuviese relación con la cristiandad de Antioquía y aun parte directa en su fundación.

En Jerusalén se extrañaban de ver propagada la fe entre los gentiles. Por eso enviaron a Bernabé, el futuro compañero de apostolado de Pablo, para vigilar a los nuevos discípulos; pero admirado él del florecimiento de la nueva Iglesia fue a Tarso en busca del Apóstol de las Gentes, y con tan gran fruto predicaron, que en Antioquía fue donde los discípulos de Cristo empezaron a ser llamados, con palabra típicamente latina: *cristianos*.

Aquella ciudad tan corrompida, que Juvenal presentaba como el centro de donde partía la corrupción que llenaba la sociedad romana, fue el escenario de la primera propagación de la Iglesia en el mundo pagano; la Iglesia había pasado desde el pueblo judío a las naciones.

Desde entonces su centro se desplaza de Jerusalén; su universalidad exigía que aquél estuviese situado en región abierta a todas las razas y culturas; en la historia de la primitiva Iglesia, Antioquía sería escenario de los episodios de la lucha entre el egoísmo religioso del pueblo judío y el espíritu universal del cristianismo.

San Pedro a Roma

Pero la Providencia había escogido otra ciudad de más ilustre historia y de mayor influencia en el mundo para establecer la capital del orbe cristiano: la ciudad escogida fue Roma.

Una nueva persecución en Jerusalén fue el momento de otra intervención divina en la vida de Pedro. Herodes Agripa había conseguido, por sus intrigas cerca de Calígula y Claudio, reconstituir el reino de su abuelo, Herodes el Grande. A diferencia de éste, que se esforzó siempre porque adoptasen los judíos costumbres griegas, quiso él complacer a los judíos y a sus jefes religiosos; para esto nada mejor que perseguir a los cristianos.

Después de hacer degollar a Santiago el Mayor, al ver que, en efecto, gustaba esto al pueblo, prendió a Pedro. La Iglesia hacía oración continua por su Cabeza. Al fin, un ángel se apareció a Pedro, le soltó sus cadenas y abrió las puertas de su cárcel.

El libro de los Actos de los Apóstoles relata en su capítulo XII —el último de los que a Pedro se refieren— su prisión y liberación.

San Lucas nos cuenta lo ocurrido inmediatamente

te a su liberación por el ángel. Estuvo en la casa de la madre de Marcos, narró a los fieles allí reunidos su libertad, y ordenándoles que lo dijese a Santiago y a los demás hermanos, «saliendo de allí se fue hacia otro lugar (*egressus abiit in alium locum*).

El conjunto de la narración indica que la intención de Pedro era salir de Jerusalén. La tradición cristiana le ha presentado siempre dirigiéndose a Roma en el segundo año de Claudio, 42 de nuestra era, en que tuvo lugar probablemente la persecución de Herodes Agripa.

Es generalmente admitido que san Pedro estuvo en Roma y en la Ciudad Eterna sufrió el martirio bajo el reinado de Nerón; esto lo reconoce hasta el mismo Renan.

La antigua tradición cristiana tiene, no obstante, mucho más alcance; durante muchos siglos ha afirmado la fundación en Roma por san Pedro de su Cátedra episcopal y su permanencia en ella durante veinticinco años.

Modernamente se ha presentado este hecho como incierto, afirmando no estar comprobado a la luz de la crítica histórica. Pero, reflexionando sobre el significado de los hechos que se desprenden de la lectura de la Epístola de san Pablo a los Romanos, ocurre preguntar si no resulta más acorde con la crítica aceptar como muy probable la tradición y esperar si acaso para negarla que se demuestre lo contrario con argumentos fundados en hechos comprobados. Porque, como veremos, hay en la historia de la Iglesia en los tiempos apostólicos realidades que encuentran una explicación lógica y natural en el apostolado de Pedro en Roma, mientras resultan de difícil explicación si no se acepta éste.

La predicación de Pedro se dirigirá primeramente a los judíos romanos; los hechos posteriores indican que, aunque no carente de fruto, este apostolado tropezó, como en todas partes, con la oposición de la mayor parte de ellos.

Ambiente propicio a recibir la buena nueva en las sencillas palabras del pescador de Galilea, fue, sin duda, el de los humildes, esclavos y pobres que la inmensa ciudad contenía en tan gran número. Privados en la sociedad de aquel tiempo de toda consideración, sin esperanza de bienes terrenales, escucharían ávidamente de labios del Apóstol el anuncio de la Redención. La enseñanza del Príncipe de los Apóstoles entre los romanos, podemos conocerla por el Evangelio de san Marcos que, según la tradición, fue redactado para recoger por escrito la predicación de Pedro.

Pero no sólo entre los humildes fructificó su apostolado. El historiador latino Tácito refiere un curioso hecho relacionado sin duda con él; Pomponia Graecina, matrona de elevada alcurnia, empezó por este tiempo a retirarse de la vida mundana; según

decían, estaba triste. Acusada por ello, la intervención de su marido impidió que fuese condenada; añade Tácito que obraba así por estar imbuida de la superstición extranjera: así era designado el cristianismo.

Esta primera permanencia de san Pedro en Roma bajo el reinado de Claudio debió de terminar el año 49, en que tuvo lugar la expulsión de los judíos por aquel emperador. Según refiere Suetonio, la causa de la expulsión fue las disputas que entre ellos se promovían sobre cierto Chresto.

Es seguro que se refiere a Cristo, lo cual prueba que si algunos habían recibido el Evangelio, otra gran parte lo había rechazado. Al salir de Roma volvió Pedro a Jerusalén.

El Concilio de Jerusalén

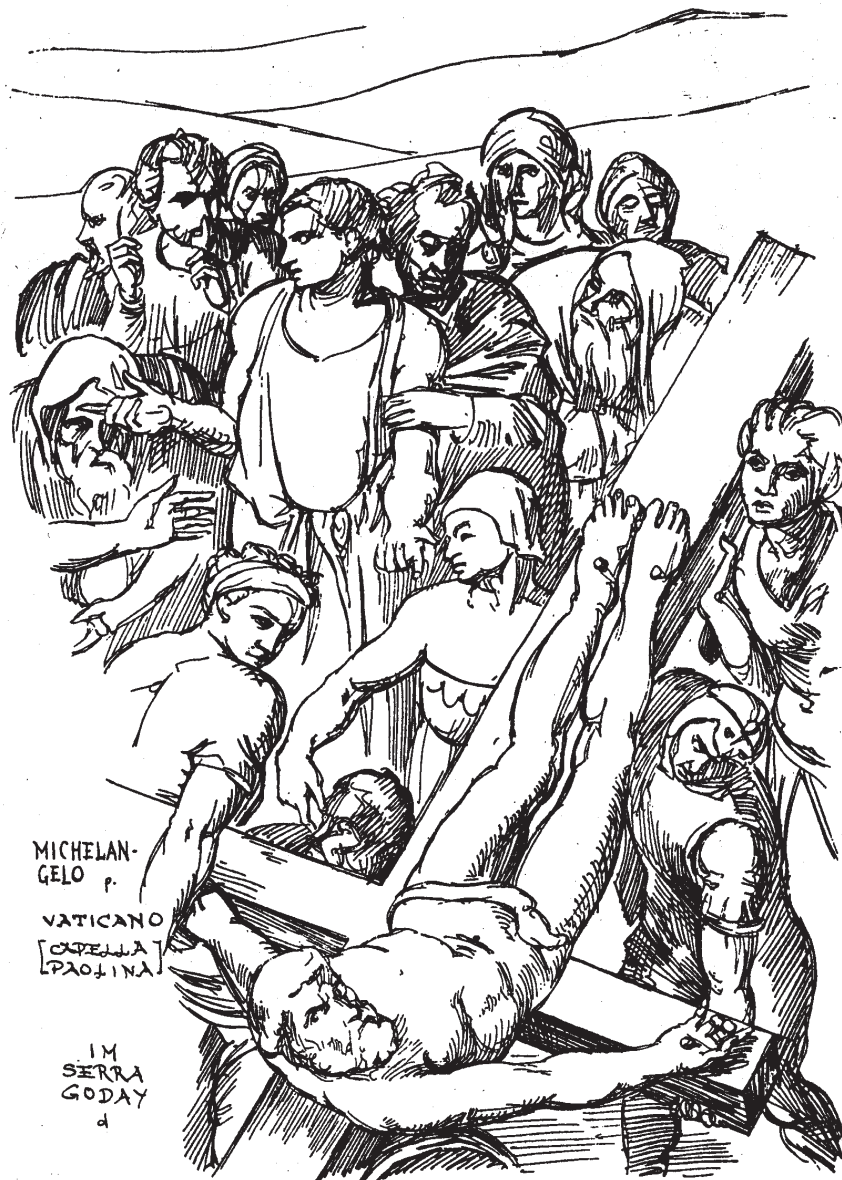
En Jerusalén presidió Pedro el concilio que poco tiempo después celebraron los Apóstoles en aquella ciudad, cuna de la Iglesia. El motivo de la asamblea no era otro que el nacionalismo religioso de tipo egoísta infundido al pueblo escogido por los fariseos y que se conservaba incluso en algunos de los convertidos a Cristo. La ciudad de Antioquía presenciaba las disputas entre aquellos cristianos judaizantes que enseñaban la necesidad de que los convertidos gentiles observasen la Ley mosaica para salvarse, y los que habían recibido la fe por la predicación de Pablo, el Apóstol de los Gentiles.

En el Concilio de Jerusalén, Pedro, como cabeza de la Iglesia, resolvió la cuestión proclamando la abrogación de la ley antigua: «Ya sabéis —dijo—, que desde hace mucho tiempo Dios me escogió de entre nosotros para que de mi boca oyese los gentiles el Evangelio y que les comunicó como a nosotros el Espíritu Santo; nosotros, como ellos, creemos salvamos por Jesucristo.»

Roma, cabeza de la Cristiandad

Vuelto san Pedro a Roma, después del Concilio, su predicación se dirigió tal vez entonces con mayor empeño a la gentilidad, al ser rechazada por los judíos. Lo que fuese por aquellos años la cristiandad de Roma y la importancia que hubiese obtenido en el mundo cristiano, nos consta de modo cierto por la Epístola de san Pablo a los Romanos; los hechos tal como de ella resultan constituyen un argumento de gran fuerza a favor del apostolado de san Pedro en la Ciudad Eterna.

En efecto, en esta epístola escrita en el año 58 se dirige Pablo a una cristiandad compuesta casi totalmente por gentiles convertidos y cuya fe es celebra-



da en todo el mundo. ¿Quién la había difundido con aquella pureza y en tan grande extensión? Si se admite la hipótesis de que la aparición del cristianismo en Roma fue debida al hecho de haber conocido los judíos romanos en Jerusalén la predicación de los Apóstoles, o también a haber sido propagada por discípulos de san Pablo, queda por explicar la causa del respeto que muestra éste hacia aquella Iglesia, a la cual «no se había dirigido antes para no edificar sobre cimiento de otro». A unos cristianos que hubiesen recibido el Evangelio de sus mismos discípulos o sin la intervención de otro apóstol no se hubiese dirigido san Pablo con las frases deferentes con que lo hace: «Deseo hallarme entre vosotros para que podamos consolarnos mutuamente con la fe común a vosotros y a mí». «Os he escrito con alguna mayor libertad sólo para recordaros lo mismo que ya sabéis». Mientras no se pueda dar, a base de hechos comprobados, mejor explicación al nacimiento de la cristiandad de Roma, parece natural acogerse a la tradición, tan acorde con la misión encomen-

dada por Cristo a Pedro, de que fue el Príncipe de los Apóstoles el que anunció la fe de Cristo en la ciudad cuyo nombre había de quedar unido a la Cátedra de Pedro y sus sucesores de manera que la Iglesia de Cristo fuese apellidada romana.

El cristianismo que vemos tan floreciente en el año 58, fecha en que dirige a los romanos su Epístola san Pablo, siguió creciendo en los años posteriores al evangelizarla «entre cadenas por el Señor» el Apóstol de las Gentes. Estaba para iniciarse la era de los mártires.

Cuando por las locuras de Nerón, ridículo tirano que desde hacía algunos años era dueño del mundo, se inició, tras el incendio de la ciudad en el año 64, la primera de las persecuciones generales, eran ya los cristianos de Roma «ingens multitudo», según refiere Tácito. Muchos de ellos santificaron con su martirio aquella colina vaticana, en que pocos años después san Pedro crucificado, como el Señor le profetizara, había de sellar con su sangre la fundación del Reino universal de Cristo.

CONTRAPORTADA

La perenne moral cristiana

En conformidad con estos principios fundamentales de la visión humana y cristiana del matrimonio, debemos una vez más declarar que hay que excluir absolutamente, como vía lícita para la regulación de los nacimientos la interrupción directa del proceso generador ya iniciado, y sobre todo el aborto directamente querido y procurado, aunque sea por razones terapéuticas.

Hay que excluir igualmente, como el magisterio de la Iglesia ha declarado muchas veces, la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer; queda además excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación.

Tampoco se pueden invocar como razones válidas, para justificar los actos conyugales intencionalmente infecundos, el mal menor o el hecho de que tales actos constituirían un todo con los actos fecundos anteriores o que seguirán después y que por tanto compartirían la única e idéntica bondad moral. En verdad, si es lícito alguna vez tolerar un mal moral menor a fin de evitar un mal mayor o de promover un bien más grande, no es lícito, ni aun por razones gravísimas, hacer el mal para conseguir el bien, es decir, hacer objeto de un acto positivo de voluntad lo que es intrínsecamente desordenado y por lo mismo indigno de la persona humana, aunque con ello se quisiese salvaguardar o promover el bien individual, familiar o social. Es por tanto un error pensar que un acto conyugal, hecho voluntariamente infecundo, y por esto intrínsecamente deshonesto, pueda ser cohonestado por el conjunto de una vida conyugal fecunda.

(...)

Se puede prever que estas enseñanzas no serán quizá fácilmente aceptadas por todos: son demasiadas las voces –ampliadas por los modernos medios de propaganda– que están en contraste con la Iglesia. A decir verdad, ésta no se maravilla de ser, a semejanza de su divino Fundador, «signo de contradicción», pero no deja por esto de proclamar con humilde firmeza toda la ley moral, natural y evangélica. La Iglesia no ha sido la autora de éstas, ni puede por tanto ser su árbitro, sino solamente su depositaria e intérprete, sin poder jamás declarar lícito lo que no lo es por su íntima e inmutable oposición al verdadero bien del hombre.

Al defender la moral conyugal en su integridad, la Iglesia sabe que contribuye a la instauración de una civilización verdaderamente humana; ella compromete al hombre a no abdicar de la propia responsabilidad para someterse a los medios técnicos; defiende con esto mismo la dignidad de los cónyuges. Fiel a las enseñanzas y al ejemplo del Salvador, ella se demuestra amiga sincera y desinteresada de los hombres a quienes quiere ayudar, ya desde su camino terreno, «a participar como hijos a la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres».

PABLO VI: *Humanae vitae*